

MARCELINO DOMINGO

EL PAN DE CADA DIA

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA



Marcelino Domingo

EL PAN DE CADA DÍA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Novedades,

de Barcelona,

el 15 de Marzo de 1925

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

MADAME PEPITA

POR

G. MARTINEZ SIERRA

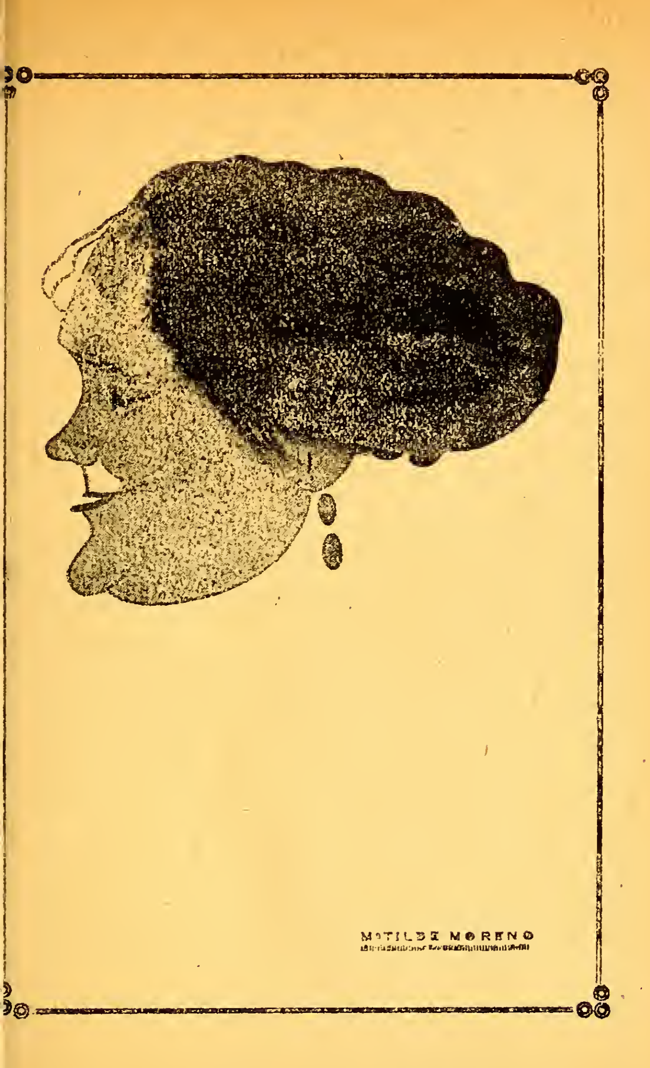
PORTADA DE

VARELA DE SEIJAS

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE 21 MADRID


MATILDE MORENO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Marta	*Matilde Moreno.*
Ana	*Domínguez (A.)*
Dolly	*Quejido.*
Mary	*Domínguez (M.)*
Ramón	*R. Martorl.*
Don Wenceslao	*Morcillo.*
Antonio	*José Granja.*
El abuelo	*Sepúlveda.*
El maestro	*Martín Puente.*
Valerio	*Idem.*
Pedro	*Pedro Navarro.*
El indiano	*Sepúlveda.*
Don Severo	*Orús.*
Don Juan	*Navarro.*
Unos viejos	*Chacón y Estrada.*
El inglés	*Martínez.*

ACTO PRIMERO

Una taberna de pueblo, situada en la sala baja y ruinosa de una antigua casa señorial. En el techo vense los restos de un bello artesonado. La puerta de entrada, medio tapiada, tiene un arco de grandes dovelas. La puerta pequeña tiene las jambas de madera tallada. Hay mesas de madera sucias, viejas, y bancos empotrados en la pared. En el fondo, una cuba de vino y un mostrador con unas botellas, unos vasos y unas jarras. Dos puertas: la grande, que se abre a la calle, y la pequeña, que conduce a las habitaciones interiores. Es un día de fiesta del mes de diciembre, al atardecer.

ESCENA I

Marta sale del mostrador y se acerca al grupo que, apelotonados, sentados alrededor de la cuba, forman *Pedro, Quintín, Valerio* y otros hombres de su mismo porte. Marta es una mujer alta, bien parecida: es más vieja por los daños morales que por los años. Se ve que han hecho más mella en su rostro las torturas del alma que el correr de los días. Viste con pobreza y con aseo. Pedro, Quintín y Valerio, son gente de pueblo, trabajadores del campo, de edad indefinida. En su ropa, en su cara y en sus palabras sólo hay miseria.

MARTA. ¿Vais a pasar aquí toda la tarde?
QUIN. ¿Dónde vamos a ir con este frío?
MARTA. Donde no estorbéis. Aquí no hacéis ningún gasto y quitáis el puesto a quien pueda venir a hacerlo.
VALE. Te has vuelto egoísta.
MARTA. La necesidad me ha matado todos los buenos sentimientos y me ha despertado todos los malos...
QUIN. También nosotros tenemos necesidad.

MARTA. A mí no me interesan las penas de los demás... Tengo de sobra con las mías...

PEDRO. A todos nos sobran penas...

MARTA. ¡Bueno! ¿Queréis una ronda? Si la queréis, podéis estar aquí. Si no, marchaos. Hoy es domingo, y ésta es hora en que comienza a venir gente y se pueden ganar algunos céntimos.

QUIN. ¿Una ronda? ¿Nos la pagas tú?

MARTA. ¿Yo?

QUIN. ¿Nos la fías?

MARTA. Yo no fío a nadie.

QUIN. Pues, a la calle.

MARTA. ¿Tan poco dinero lleváis encima?

QUIN. Yo, ni una perra pequeña... Hace seis semanas que no he tenido una hora de trabajo.

VALE. Yo hace cinco semanas.

PEDRO. Yo, ni me acuerdo ya las semanas que no gano ni hago nada... La última vez que cogí unos reales fué cuando el incendio de los montes... Dios y ayuda me costó cobrarlos del Ayuntamiento.

MARTA. ¿Por qué no os vais fuera del pueblo, a otro pueblo?

QUIN. Todo está igual. Hay sobra de brazos o falta de dinero...

VALE. O falta de arreglar de mejor modo las cosas...

PEDRO. Las cosas estarán siempre como están. Han estado siempre de la misma manera.

MARTA. Mi marido pasaba también aquí los días sin hacer nada. Decidió marchar y ha encontrado trabajo en la ciudad.

QUIN. Tu marido no es como nosotros. Tiene letra. Ha corrido mundo. Sabe oficios... Nosotros sólo servimos para cavar la tierra, y cuando no hay tierra para cavar, no servimos sino para morirnos de hambre.

PEDRO. Nosotros, gracias a mi mujer, que con la palma que coge en el monte hace escobas y capazos... Si no fuera por ella, se nos habrían comido los gusanos hace tiempo...

VALE. Nosotros, suerte de los pequeños, que piden pan por las casas y pillan lo que pueden en los huertos... El mayor está ahora en la cárcel. Le sorprendieron cuando cogía unas coles.

MARTA. ¿Qué edad tiene ahora?

VALE. Catorce años.

MARTA. ¿Y hace días que está en la cárcel?

VALE. No sé. Cerca de tres semanas. Ya es la segunda o la tercera vez... Es donde está mejor. En la cárcel tiene por lo menos techo y comida.

MARTA. Anda, iros, que viene gente.

QUIN. Déjanos estar en ese rincón, mientras no estorbemos. Cuando estorbemos, nos vamos sin que tú nos digas nada. En casa nos helamos de frío...

VALE. De frío y de silencio. Nadie habla en nuestra casa. O hay lloros, o hay gemidos, o hay gritos... o hay silencio.

MARTA. Como en esta casa...

QUIN. Como en todas las casas donde no hay pan.

ESCENA II

Los mismos, el señorito Jorge, Don Manuel y *Antonio.* El señorito Jorge es el señorito del pueblo, con dinero y con carrera aprendida, para tener un título, sin propósito de tener que vivir de él. Es joven. Va bien vestido, pero con alpargatas y sin corbata; lleva un junco en la mano. Don Manuel es el maestro nacional. Antonio es un trabajador del aspecto de los que están frente a la cuba. Tendrá unos treinta años. Jorge y don Manuel entran juntos y se sientan a una mesa. Antonio entra después y se acerca primero al corro, y luego se acomoda en una mesa próxima a la del señorito Jorge y don Manuel.

JORGE. ¡Hola! *(Da con el junco en la mesa.)*

MARTA. Buenos días, señorito Jorge y la compañía.

JORGE. ¿Dónde hace menos frío?

MARTA. Hace frío en todos los sitios. Pero aquí, en este rincón, parece que se siente menos.

JORGE. *(A don Manuel.)* Con esta taberna, que es otro acreditado punto de reunión, ya conoce usted todo lo bueno que tiene el pueblo. La Alameda, el café de la plaza, la peña de doña Matilde y esto de aquí es lo único que tenemos. Esto de aquí no crea usted que sea una cosa cualquiera. Fíjese en el techo; vea esta puerta; hay un escudo grande en la calle, que no se percibe, porque está deshecho a pedradas. Fué la casa feudal del señor de toda esta comarca... Aquí se aposentaron los Reyes de Castilla; dicen que descansó aquí varias veces Doña Juana la Loca... Una historia larga que ya se la contará a usted otro monumento que tenemos en el pueblo y del que yo no me había acordado: don Wenceslao... Ya le conocerá usted.

MANU. Me han dicho que la iglesia tiene también un gran retablo y unas tallas de Berruguete...

JORGE. Le han engañado a usted. Había hace tiempo unos santos a quienes se concedía mérito y unos tapices... Pero entre el obispo de la diócesis y los curas que han ido pasando por aquí se lo han ido llevando todo... Hoy no queda más que lo que yo le he enseñado: el café, la Alameda, la peña y la taberna... Y en la taberna, no me dirá usted que no hay una buena tabernera... ¡Marta! ¡No te escondas, mujer!

MARTA. No me escondo. *(Acercándose.)*

JORGE. Es guapa, ¿verdad? Lo ha sido más que lo es. Ahora, que a mí me gusta más como está que como estaba.. Pero no abra usted los ojos. Está casada y es fiel a su marido... Se deja pasar un poco la mano por encima, pero nada más...

MARTA. Ni la mano por encima.

JORGE. A mí, sí.

MARTA. A usted, ¿por qué?

JORGE. A mí, porque me gustas y te quiero...

IARTA. Esta sería una razón si usted me gustara a mí y yo le quisiera... Pero...

ORGE. Es que aseguran que me parezco a un ingeniero que pasó una vez por aquí y que murmuran si hubo o no hubo...

IARTA. Es ya pesada esta historia, y le he dicho a usted cien veces que no la repita; que me duelen los oídos de oírla...

ORGE. Yo pensaba que te los recreaba...

IARTA. Ya sabe usted que no. Y basta.

ORGE. Estás arisca esta tarde.

IARTA. Estoy como soy... ¿Qué quieren tomar ustedes?

ORGE. Yo, casi habría de tomar la puerta con este trato tuyo; pero me resigno y espero; dame aguardiente. ¿Y usted, señor maestro?

IARTA. ¿Es el señor maestro nuevo?

IANU. Sí.

IARTA. Viene usted a mal sitio: pobre, triste, frío y sin tener nadie ganas de aprender. La escuela la tendrá usted siempre vacía.

IANU. Ya veremos... Deme un poco de café.

IARTA. No hay café a estas horas.

IANU. Pues nada...

ORGE. Tome aguardiente como yo. Quita el frío... Aquí es necesario matar el frío de esta manera. Ya se irá usted acostumbrando.

IANU. Venga aguardiente, entonces.

IARTA. *(Marchando al mostrador y sirviendo.)* Ahora hacía más de dos años que no había escuela.

NTO. ¿Cómo más de dos años? Más de cinco... Cinco años hace que no hay clase de noche. Lo tengo bien contado. Yo medio había aprendido a leer y lo he olvidado todo...

IARTA. Diga usted que no; que lee a maravilla. Muchas tardes viene aquí a leernos los periódicos y nos quedamos todos con la boca abierta.

NTO. Diga usted que no...

IANU. ¿Fué usted a la escuela de chico?

NTO. ¡Qué he de ir! Mis padres estaban siempre fuera del pueblo trabajando, y yo tenía que

andar con ellos. ¿Dónde iba a quedarme? Cuando mis padres no tenían trabajo, tenía uno que mendigar...

VALE. Mendigar o coger estiércol de la carretera o traer agua al pueblo de más de dos horas de distancia, y a dos céntimos el cántaro.

ANTO. Lo que sea; es lo mismo. Tenía uno que traer algo a la choza para no morir de hambre.

PEDRO. Lo mismo que los demás. Ninguno de los que estamos aquí hemos ido a la escuela...

MANU. ¿Ninguno sabe leer?

PEDRO. Yo, no.

VALE. Yo, no.

QUIN. Yo, tampoco... Ninguno... El único que ha aprendido es Antonio... Y es que tiene mucha voluntad en ello...

MANU. *(A Antonio.)* ¿Le gusta aprender?

ANTO. Mucho. Me pasaría la vida con papeles en la mano. Como no puedo comprar, no tengo. Pero cuando cae en mis manos un periódico ya no le suelto. No le digo a usted nada si cae un libro...

MARTA. Sabe muchas cosas... Con el lápiz hace maravillas. Mire; en las mesas hay mil dibujos hechos por él...

MANU. *(Fijándose.)* Están bien... Están muy bien. Se ve el espíritu...

MARTA. Es una lástima que en su casa no hayan tenido dinero para instruirle. Con lo que él lleva dentro y con el afán que tiene habría llegado muy arriba...

ANTO. ¡Quita!

MANU. ¡Hay en estas tierras de Dios infinidad de hombres perdidos así! Es un dolor ver tantos hombres con condiciones para tantas cosas y sin ser nada, sin poder ser ya nada en la vida. Es una desesperación ver cómo aquí se desperdicia todo: la tierra que no se cultiva; la mina que no se explota; la montaña que no se repuebla; el agua que se va al mar; el hombre que se deja también yermo, estéril, des-

aprovechado, abandonado. Yo he conocido muchos casos como el de usted.

JORGE. Y muchos casos también como el mío. Yo estudié en el Instituto y en la Universidad. Mis padres gastaron en ello una fortuna. Pues desde el día que logré el título, tiré los libros y no he vuelto a acordarme de ellos. Y no tengo ningún interés en recordarlos. Sólo sirvieron para amargarme las horas de mi juventud.

MANU. Sí; también hay muchos casos como el de usted. *(Dirigiéndose a Antonio.)* ¿Y en qué trabaja usted?

ANTO. Ahora, en nada. Hace una porción de tiempo que no hay trabajo en el pueblo.

VALE. Nadie trabaja... Todo se ha paralizado... Muchos campos se han convertido en pastos... Una carretera que se comenzó, se ha suspendido.

PEDRO. Nadie trabaja... Hay más de cien hombres parados en el pueblo... Unos se fueron a los otros pueblos de la comarca, pero en todos pasa lo mismo. En todos hay sobra de brazos...

MANU. ¿Es pobre esta comarca?

PEDRO. No sabemos. Hace unos años vinieron unos ingenieros y dijeron que había unas minas muy ricas... Pasa a dos horas de aquí el río, y aseguran que si se hiciera un canal, esto sería una bendición. Pero pasan los años y vamos de chicos a viejos y todo está igual. Está como lo vieron nuestros abuelos y como lo verán seguramente nuestros nietos... Por esto no sabemos si esta comarca es rica o pobre. Lo que sabemos bien es que nosotros no podemos ser ya más pobres que lo que somos.

JORGE. Siempre se oye entre vosotros la misma música. Si no podéis comer aquí, marchaos a América, que de allí vuelven ricos los que se van... Peor que estáis aquí no estaréis...

PEDRO. Para marchar a América se necesita dinero:

dinero para la marcha. ¿Y quién de nosotros lo tiene?

JORGE. Dejémonos de cosas tristes... ¿Sabes, Marta, quién está en el pueblo?

MARTA. ¿Quién?

JORGE. Carmela. La he visto ahora en la calle. Va hecha una princesa cargada de joyas. Dicen unos que ha venido a buscar a sus padres para llevárselos a su lado; y otros, que viene a construir una gran casa para que sus padres puedan vivir como reyes en ella... Yo la he saludado y he hablado unos momentos. ¿Sabes cómo la llaman donde está?

MARTA. No sé.

JORGE. Consuelito. Me ha dado el nombre por si algún día voy a verla. Que iré. Porque está muy guapa.

MARTA. Pues, cuando era decente, era fea.

JORGE. Déjate de decencias. Ella se ha hecho rica.

MARTA. ¿Cómo se ha hecho rica?

JORGE. Como todos sabemos. Pero se ha hecho rica. Ha visto mundo. Se divierte... Sus padres, que no querían saber nada de ella y que la maldijeron, ahora, no sólo la reciben en casa, sino que se sienten orgullosos de tener una hija así... El indiano, que fué el otro día a la ciudad..., y fué a buscarla..., no sabe cómo ensalzar la suntuosidad de la casa: de la casa donde se puede verla...

MARTA. No la envidio...

JORGE. No dices con el corazón esto...

MARTA. Con el corazón lo digo. Porque perder la vergüenza cuesta poco, y hacer lo que ella ha hecho no cuesta nada.

PEDRO. Yo, si viera una hija mía así, me parece que le cortaría el cuello...

JORGE. Tú harías tal vez lo que ha hecho el padre de ella. Al principio, alzar los puños, y al final, tender la mano...

PEDRO. Yo vuelvo a decir que le cortaría el cuello. Y hay pruebas que los de mi casta somos así.

Una bisabuela mía era cabra que también tiraba al monte, como esta Carmela. La dominó quien fué su marido, mi bisabuelo. Peró tiró al monte ella otra vez. Y en el monte murió de un hachazo... Se recuerda todavía el caso...

QUIN. En verdad... Se recuerda... Yo lo oí contar cuando era muchacho. Cuando Carmela se escapó, muchos creían que su padre iba a hacer lo que hizo tu bisabuelo...

VALE. Pues yo digo que la miseria es mala consejera y que todo lo explica y todo lo perdona... A mí se me murió una hija de hambre: por no poderle dar de comer; por no saber cómo pagar al médico; por no tener para comprar medicinas... Y no sé: malo es ver a la hija hecha una perdida, pero peor es perderla para siempre...

JORGE Dí que sí... Si todos pensaran como ese Pedrote, ¿dónde podríamos picar nosotros? Pero hablemos de otra cosa... Trae otra copa de aguardiente. Marta... Sírvemelo tú, mujer... ¿Verdad, señor maestro, que tiene unas bonitas manos? Y son finas: tóquelas...

MARTA. *(Apartándose bruscamente.)* No volvamos a las andadas...

ESCENA III

Los mismos y *Ana*. Ana es una ruina de mujer. Esquelética, con los ojos pitañosos, con un boñigo de cabello. Lleva un niño de pecho y otro cogido a la falda. Entra y llama aparte a Marta. Marta se sienta junto a ella alrededor de una de las mesas de la taberna.

MARTA. ¿Qué quieres?

ANA. No vengo a pedirte dinero, que ya sé que no tienes... Vengo a pedirte consejo.

MARTA. Preferiría que me hubieses traído el dinero que te dejé. Hoy he de pagar unas bebidas y no tengo reunido lo que cuestan. Vinieron

ya la semana pasada a cobrarme y les dije que vinieran ésta... Y ésta habré de decirles que vengan la otra...

ANA. No puedo darte ni un real, Marta.

MARTA. ¿No trabaja tu marido?

ANA. Sí. Es de los pocos en el pueblo que trabajan... ¿Pero, para qué hay con lo que gana?

MARTA. ¿Qué gana?

ANA. Seis reales al día. ¿Para qué tiene una con seis reales? Ni para comprar pan. Además, que vamos muy retrasados por las enfermedades. Mi madre murió hace cinco meses, y ahora tengo en trance de morir a la muchacha mayor... Cualquier medicina te cuesta más de seis reales. ¿Vas a no dársela y a dejarla morir? ¿Vas a morirte tú de hambre por darle la medicina? Aunque mejor sería que todos, ellos y nosotros, muriéramos de una vez... Morir sería acabar de sufrir...

MARTA. Yo estoy también desesperada... Pensaba con esto de la taberna ir haciendo alguna cosa. Nada. Como no hay trabajo, nadie puede gastar. Gastas en lumbre y luz más que lo que ganas... Ramón trabaja ahora, pero necesita para él todo lo que le den, y si algo le sobra, lo manda aquí, y vamos pagando las deudas que tenemos. Por esto, hice un sacrificio cuando te dejé el dinero, y me harías un gran bien devolviéndomelo.

ANA. No puedo; no tengo. Tan no puedo y no tengo, que ello es lo que me ha traído aquí para pedirte consejo...

MARTA. ¿Qué consejo quieres?

ANA. Van a echarme de la casa.

MARTA. ¿De la casa?

ANA. Sí. Pedí dinero por ella. Ya sabes a quién, a don Severo, y, siendo don Severo, puedes suponer en qué condiciones me lo dejó... Antes de tres años, si no le devolvía el dinero con los intereses, con los intereses, que subían más que el dinero que me prestó, la casa quedaba

para él... Yo pensaba poder pagarle o aplacarle y esperar otros tiempos... Nada. Ayer me avisó de una manera que no tiene réplica: o antes de fin de mes pago, o antes de fin de mes voy a la calle...

ARTA. ¿Y qué puedo hacerte yo?

NA. He pensado dar un paso. He visto a Carmela por la calle. He bajado la cabeza para que no me viese ella a mí. Pero... Aunque mal adquirido debe tener mucho dinero. ¿Te parece que se lo pida a ella?

ARTA. ¿A Carmela?

NA. No está bien, lo comprendo... ¿Tú no lo harías, verdad?

ARTA. Lo haría o no lo haría. No sé... *(Resueltamente.)* Si me encontrara como tú, seguramente lo haría...

NA. Gracias, Marta.

ARTA. ¿Tú eres amiga de Carmela?

NA. Sí. Si es de mi edad... Tiene uno o dos años más que yo. Pero nadie lo diría; parece que tenga ella veinte años menos... Viéndola por fuera a ella, y mirándome yo por dentro, he pensado, sin querer pensarlo y arrepintiéndome de haberlo pensado, que tal vez ella es la única que ha entendido la vida.

ARTA. Por lo menos es la única que se ha librado de las tristezas de ella.

NA. Es triste suerte la nuestra: o hemos de ser lo que somos, o sólo podemos ser lo que es Carmela... O hemos de ser buenas y morirnos de miseria por ser buenas, o nos hemos de hacer malas para ser ricas, y llegamos a ser ricas por ser malas. ¿Para qué otras cosas nos enseñan?

ARTA. Tienes razón... Tanta razón, que el pensamiento de perdición que has tenido tú lo he tenido yo también... Y lo tengo, cuando miro que voy perdiendo las fuerzas y pasando los años y haciéndome vieja y que no puedo ha-

blar del pan de mañana, porque ni siquiera e pan de hoy tengo...

JORGE. *(A Marta y Ana.)* ¿Qué habláis tanto? ¿Contra quién habláis, porque las mujeres habláis siempre contra alguien?

ANA. Tratamos nuestras cosas...

JORGE. *(Por Ana, y dirigiéndose a don Manuel.)* Esa ha sido también muy guapa... De las más guapas del pueblo... Yo la rondé algunas noches, ¿verdad?

ANA. Verdad.

JORGE. Pero tampoco dejaba arrimarse, y la dejé.

ANA. Yo te dejé a ti porque veía tus intentos...

JORGE. Tanto da. Nos dejamos. Mejor te hubiera ido haciéndome caso...

ANA. Peor no podía irme...

MANU ¿Es de usted este pequeño?

ANA. Ese, el de brazos y cinco más.

MANU. ¿Y por qué no les lava la cara? Esas costras de la cabeza se le irían con agua...

PEDRO. Se le irían más con carne que con agua.

MANU. ¿Saben leer?

ANA. ¿Para qué?

MANU. Aprender y saber es conveniente.

ANA. No puedo mandarlos a la escuela porque van casi descalzos; porque nos pasamos buena parte del año en el monte y han de venir con nosotros; porque si pueden ganar un trozo de pan pidiendo o haciendo alguna cosa, el pan les vale más que la letra.

ESCENA IV

Los mismos y el *Abuelo.* El Abuelo es alto, viejo, ciego. Viste muy pobremente. Va envuelto en una manta rota y agujereada por cien sitios. Se apoya en un cayado, con el que tienta el suelo. Le acompaña de la mano un niño, que se cubre con cuatro jirones de ropa.

MARTA. *(Descompuesta al verlo entrar.)* ¿Dónde vais? ¿A qué venís?

INO. Mi madre ha dicho que trajera al abuelo aquí.

ARTA. *(Exaltándose por momentos.)* Pues dile a tu madre que se lo quede. Que faltan aún dos días para encargarme yo. Que somos domingo hoy, y no es hasta el martes que a mí me toca sostenerlo. Si no sabe contar, que aprenda, que yo sí que sé... Y si no puede tenerle, tampoco puedo yo. Además que tiene más deber ella que yo, porque después de todo ella es su hija y yo soy su nuera... Si le pesa aguantarlo, más me pesa a mí, y, aun contra mi voluntad, le aguanto... Es castigo. No poder comer y tener que dar de comer a otros... Anda... Llévatelo... Porque me enciende la sangre verlo delante de mí.

NA. Yo también tengo mi abuelo en casa... ¡Qué remedio! ¿Va a dejarlos una que mueran en medio de la calle?

BUEL. Yo siento más frío en la casa que en la calle.

ARTA. Páguenos aún con insultos.

BUEL. Os pago con vuestra moneda. La manera de dar se estima más que lo que se da. De mi hija, lo mismo que de ti, recibo más insultos que pan y calor de hogar... Y yo necesito más calor de hogar que pan. ¡Qué últimos años de la vida más largos y más desesperados!... Voy a morir sin amor de nadie, sin amar a nadie; odiándome todos y odiando yo a todos; deseando que mueran los que me rodean, y deseando yo morir para apartarme de los que me rodean para siempre... Dame la mano, tú, hijo de mi hija, que también me aborreces... Y que en pago a tu dureza conmigo, yo sólo te deseo que llegues a viejo como yo y tengas que vivir como yo vivo. Vamos. Arrástrame de una parte a otra y tirame allí donde quieran quedarse conmigo... Vamos... *(El pequeño lo coge de una mano y de un tirón lo lleva a la calle. El Abuelo, con el cayado, va tentando el suelo.)*

ESCENA V

Los mismos, menos el *Abuelo.*

(Marta deja caer la cabeza sobre la mesa, l esconde entre las manos y llora.)

ANA. No llores, mujer.

MARTA. Necesito llorar... No soy mala, Ana... No ten go mal corazón. Si pudiera, haría el bien manos llenas, y no le recogería sólo a él, a padre de mi marido, sino a todos los que está como él... Pero no puedo, no puedo... El pa que se come el viejo, he de quitármelo yo d la boca para dárselo... Si no tengo bastant para mí, cómo he de tener para los demás.. No soy mala. Yo me conozco y sé que no so mala... Sé que la vida es dura, y la vida dur me ha endurecido el alma... ¡Qué fácil es se bueno cuando la vida es buena para uno! Cuan do hay fuego en invierno; cuando no falt dinero en el cajón de la cómoda; cuando so bra comida en la mesa; cuando no se ha d pensar: ¿de qué comeré mañana? ¿Bajo qu techo viviré o si será, en desamparo, mi tech el cielo? No soy mala... Es la vida la mala.. La vida que a unos da en abundancia y a otro no les da nada, ni lo indispensable para sos tenerse con resignación y dignidad en ella...

ANA. No te desesperes...

MARTA. Me desespero. Me desespero, más que por no tener, porque el no tener ha matado lo me jor que en mí había y ha dejado que quedara dominándome, lo peor... Estos arranques de cólera me duelen más a mí que a quien los sufre, porque a mí me enseñan que soy lo que no quisiera ser y que no soy ya lo que era lo que había sido siempre... No soy mala... Yo sé, Ana, por los sueños que tengo, por las ilu siones que tuve, por las fantasías en que mu chas veces ha volado mi alma, yo sé quién soy

y cómo soy. Y sé que si hubiera podido seguir otro camino o no hubiera encontrado tantas espinas por este camino que sigo, no sería como la gente me ve, como todos me creen. Sería de otra manera muy distinta...

IA. Yo tampoco soy como soy... ¿Te acuerdas cuando era pequeña yo? Reía siempre; bastaba que me dijeran una cosa, para que la supiera de memoria; sabía de corrido todas las oraciones que cantaba el cura... ¿Ahora? Ni sé cómo se ríe, y a veces, ni de los nombres de mis hijos me acuerdo... ¡Cómo nos destroza la vida!

RGE. ¿Pero es esto un funeral? No lloréis más. Ya se ha ido el viejo, y por la manera cariñosa que le has despedido, es de esperar que no vuelva a molestarte...

JIN. Todos llegaremos a viejos, y si no se remedian las cosas, todos tendremos el mismo fin.

ITO. Yo he leído que en otros países, los viejos, cuando ya no pueden prestar ningún servicio, reciben un socorro del Gobierno... ¿Es verdad?

ANU. Ya lo creo: reciben socorro los viejos... Y lo mismo que los viejos, los obreros enfermos y los obreros en paro forzoso... El hombre es el mejor tesoro que un pueblo tiene, y un pueblo se estima por lo que en él se estima al hombre. Y el hombre ha de cultivarse y cuidarse y conservarse... Es un pueblo suicida el que no procura que el hombre se instruya y tenga trabajo y no le falte pan cuando no trabaje... En cada hombre inculto o hambriento o desesperado, como ese viejo que acaba de irse, y que a mí me ha hecho saltar lágrimas, se suicida un pueblo...

NTO. Yo no sé si en mí se suicida un pueblo... Pero yo recuerdo cómo era cuando era pequeño: dentro de mí había un hombre que deseaba correr, volar, ser mucho... Aquel hombre que había dentro de mí, tal vez necesitaba para

vivir, libros, comida, caminos libres en la vida... Nada hubo... Y un día, un golpe, y otro día, otro golpe. No sé dónde está ya aquel hombre que había dentro de mí... Lo que sé es que no lo siento... Posiblemente ha muerto, y es un muerto que arrastraré mientras viva...

JORGE. Me parece que el hambre os ha trastornado a todos un poco la cabeza. Porque habláis como locos... Decías que con libros todo cambia. Los libros no cambian nada, ni sirven para nada. Yo, si no fuera por lo que me divertí en la capital cuando era estudiante, aborrecería el tiempo que estudié... Y si hubiera tenido que comer de lo que aprendí en los libros, me moriría de hambre como vosotros...

MANU. No diga usted eso... Es que no aprendió usted... Pasó por la Universidad, se matriculó, obtuvo un título, pero no aprendió. Si hubiera aprendido, no hablaría mal de los libros... Y es que así como hay muchos como ése *(Señalando a Antonio.)*, que tienen afán, pero no cuentan con medios, hay muchos como usted, que cuentan con medios, pero no tienen afán.

JORGE. Puede ser. Es que tal vez las cosas no están bien arregladas. Pero a mí no me interesa hablar de esto... Mira, danos otra copa de aguardiente, y cobra, que nos vamos.

ANA. Me voy yo también. Adiós y gracias por tus palabras. Ya te diré lo que me ha contestado. Voy ahora mismo a verla. Adiós.

JORGE. Acércate, mujer.

ANA. Llevo prisa.

JORGE. Dame la mano, al menos. *(Se levanta Jorge y le da la mano.)* Si estos hijos fueran míos y tuyos, serían más guapos, y si tú hubieras sido mía, aún estarías fresca como una rosa.

ANA. Anda allá. *(Marcha.)*

JORGE. Pago una copa a todos. ¿Quién quiere tomarla?

PEDRO. Yo, para calentar el cuerpo.

UIN. Yo también.

ORGE. Sirve a todos, que todos beberán. *(Todos, de pie, beben la copa de un trago.)*

'ALE. Yo marcho a casa. Hace tiempo que es noche negra. Adiós y gracias.

UIN. Espera. Yo voy contigo.

'EDRO. Y yo. *(Salen despacio con la cabeza baja, arrastrando los pies.)*

ORGE. Nosotros marchamos también. Ahora iremos al café, y después a la peña de doña Matilde; allí jugaremos a las cartas. Aquí no hay más vida que ésta, tan pueril, tan monótona y tan embrutecedora. Si no hubiera algunas puertas que se abren de noche... ¿Verdad, Marta?

IARTA. Eso usted lo sabrá. *(Dignamente.)* La mía, cuando se ha cerrado a los ojos de todos, no ha vuelto a abrirse para nadie.

ORGE. ¿Nunca?

IARTA. Nunca... Y usted lo sabe bien, porque usted ha llamado más de una vez y ha llamado en vano.

ORGE. Y volveré a llamar.

IARTA. Y volverá a encontrarla cerrada. Por esta puerta, de noche, sólo ha entrado y sólo puede entrar un hombre: el mío... El que se unió conmigo delante de Dios. Sépalo usted.

ORGE. Si te lo digo en broma, tonta... *(Poniéndole la mano encima.)*

IARTA. Pues yo le respondo en serio... Y quite la mano de aquí...

ORGE. Vamos a otro sitio a ver si tenemos más suerte...

IANU. Buenas noches.

IARTA. Adiós, señor maestro. Y no se deje usted arrastrar por el señorito Jorge.

NTO. Yo les acompaño. Me gusta oírle hablar a usted. Aprendo oyéndole. *(A don Manuel. Salen los tres.)*

ESCENA VI

Marta sola. Después, *Ramón.*

(Marta arregla unas viandas y las coloca so bre una de las mesas de la taberna. Cuando s dispone a comer, entra Ramón. Ramón es u hombre alto, recio, de edad aproximada a la d Marta. Va envuelto en una manta y lleva u hatillo de ropa en la mano.)

RAMON. ¡Marta!

MARTA. *(Sobresaltada.)* Ramón... ¿De dónde sale ahora? ¿Estás enfermo?

RAMON. No estoy enfermo. Estoy bueno, aunque muer to de cansancio y helado de frío. He andad ocho horas cayéndome la nieve encima todo e camino y llevando los pies siempre metidos e la nieve...

MARTA. Acércate al fuego... Espera, que pondré uno leños. *(Aviva el fuego.)* ¿Quieres algo de co mer?

RAMON. ¿Qué comes tú?

MARTA. ¿Qué he de comer? Unas sopas y unas pata tas... Las partiremos...

RAMON. Dame la jarra de vino antes. Beberé un bue trago a ver si entro en calor.

MARTA. Toma.

RAMON. Antes de beber, quiero besarte. Ven a mi lado Estoy aquí contigo, junto a ti, y parece que ya me ha pasado todo: el frío, el hambre, la can sera... Sentía ansias de ti, de oírte, de tenerte de tocarte... Hacía veinte días que no nos veíamos.

MARTA. ¿Veinte días ya?

RAMON. Cuenta. Marché el día cinco... Estamos hoy a veinticinco.

MARTA. Es verdad... Veinte días... A veces me ha pa recido que pasaban como un vuelo. Pero a ve ces se me hacían interminables... Sobre todo, las noches... Cuando se cerraba la puerta y

quedaba yo sola en este caserón inmenso..., cualquier ruido me daba miedo y me tenía desvelada horas y horas...

AMON. ¿No pensabas en mí?

ARTA. Sí...

AMON. Lo dices de un modo tan despegado, que parece como si no hubieras pensado o como si hubieras pensado contra tu voluntad y a desgana.

ARTA. *(Le tiende los brazos.)* No.

AMON. ¡Cómo pesa la casa cuando no se puede llenar toda ella de alegría, y cómo se añora cuando uno está lejos! Es una tortura la casa cuando en ella es todo dolor; pero es una tortura que se desea cuando, por estar lejos de la casa, no se siente. Yo no te olvidaba un momento: "Ahora hará esto", me decía. "Ahora, esto otro..." Y renegaba de mi suerte, que obliga a esta separación...

ARTA. También reniego yo de la suerte y de mí por haberme dejado arrastrar...

AMON. ¿Qué otra suerte podías correr?

ARTA. Otra... ¡Qué sé yo!... Otra que no fuera ésta, que es siempre la pendiente hacia arriba, costosa, penosa, o la pendiente hacia abajo, derrumbándose. Que no es nunca el camino llano, seguro, tranquilo. Otra que no fuera esta mala suerte de ahora...

AMON. Yo me esfuerzo en librarte de ella.

ARTA. Te esfuerzas... Pero la suerte es siempre la misma.

AMON. ¿Qué más puedo hacer?

ARTA. Si no se te ocurre nada más, nada más...

AMON. ¿Vamos a reñir, cuando aún no acabo de llegar?

ARTA. Tienes razón. Pero para no reñir, lo mejor es callar... Las palabras se enredan unas a otras, y como dentro sólo tenemos veneno, las palabras han de salir por fuerza envenenadas... *(Se hace silencio. Ramón, con la cabeza baja, permanece acurrucado junto al fuego. Marta*

arregla la vajilla y anda de una parte a otr
¿Has venido tú solo o han venido también
otros contigo?

RAMON. Hemos venido todos.

MARTA. ¿Es que os han dado un día de fiesta?

RAMON. No. Es que nos han dicho que no había m
trabajo...

MARTA. No hay trabajo, ¿hasta cuándo? ¿Hasta un
días? ¿Hasta dentro de una semana?

RAMON. No hay trabajo... Nos han pagado y nos h
dicho que no volviéramos. La ciudad está lle
de gente que va de los campos a la ciudad p
ra ver si en la ciudad se ocupa y come... Y
ciudad no tiene tampoco para todos...

MARTA. ¿Y vuelves a estar sin trabajo?

RAMON. Sí... Vuelvo a estar sin trabajo... Antes de d
cidirme a venir aquí he mirado en otros siti
de la ciudad si había un puesto; un puesto c
lo que fuera. Nada. De todos los lugares de
piden hombres... En cualquier fábrica, en cua
quier taller que preguntes, te responden qu
sobran brazos.

MARTA. ¡Sin trabajo otra vez!

RAMON. No te desesperes.

MARTA. ¡No he de desesperarme! ¿Es que tú no te da
cuenta de cómo vivimos, de cómo estamos? N
hay un hilo de ropa en casa; la que no se h
vendido se ha roto. Mira cómo voy yo: co
una falda que me han dado, descalza... Hemo
de pagar la renta de esto, que habríamos d
haberla pagado hace cuatro meses... Todo e
dinero que tenemos lo llevo yo encima: míra
lo. *(Tira unas monedas sobre la mesa.)*

RAMON. Yo traigo unas pesetas: tómalas...

MARTA. Tanto me da. Quédatelas, si quieres.

RAMON. Son para ti.

MARTA. Si fueran las que ganas para mí, ya pensarías
en ganar más.

RAMON. ¿Qué quieres decir con esto?

MARTA. Lo que te he dicho.

RAMON. Lo que me has dicho no lo entiendo, porque

yo no entiendo las palabras que tienen o quieren tener doble sentido. ¿Me quieres decir que yo no pienso en ti, y porque no pienso en ti no gano dinero? Mírame a la cara. *(La coge de un brazo y le levanta la cabeza.)* ¿Es esto lo que quieres decirme?

MARTA. Déjame. Me haces daño.

RAMON. Más daño me haces tú con tus palabras... ¿Es que puedes pensar un solo momento que tu pena no es más pena en mí que en ti? ¿No busco por todos los sitios? ¿No intento todo lo que me sale al paso? ¿No me entrego para lo que quieran aprovecharme? ¿No me he alquilado, estando enfermo y débil, para arrastrar hasta barcas en la sirga? ¿Qué no he buscado? ¿Qué he dejado de hacer de lo que me han ofrecido? Dilo. Dilo. No puedes responderme nada... Tanto dolor me causa tu dolor, que esta noche he dudado antes de entrar aquí, y estaba dispuesto a ir a otros pueblos y a no volver si no encontraba trabajo.

MARTA. Pues alguna cosa tienes que resolver, porque yo así no puedo seguir... No quiero seguir...

RAMON. ¡No puedes seguir! ¡No quieres seguir!

MARTA. No. Me asusta el hambre. Me acobarda. Me envilece. Me envilece y acobarda tanto, que ha hecho de mí una mujer completamente distinta de la que soy. No me siento con fuerza para hacer frente a otra época como la que hemos pasado, sin poder comer, mendigando... ¡No, no!...

RAMON. Yo buscaré...

MARTA. ¿Dónde buscarás? Siempre dices lo mismo, y mira cómo estamos...

RAMON. Nos iremos a otro sitio, si no encontramos aquí...

MARTA. ¿Dónde?

RAMON. Donde sea.

MARTA. Donde sea no es ir a ningún sitio. No es saber adónde ir. Si tú quieres, te vas... Yo no voy...

RAMON. ¿Y qué harás?

MARTA. Me quedo aquí con esto, con otras cosas... Yo me defenderé o moriré sola... Defiéndete tú...

RAMON. Pero ¿qué dices? ¿Por qué me hablas en este tono, que nunca me habias hablado? ¿Qué es esto? "Yo me defenderé o moriré sola. Defiéndete tú." ¿Es que no te ata nada a mí? ¿Por qué callas?

MARTA. ¿Por qué quieres que hable?

RAMON. "Yo me defenderé. Defiéndete tú." ¿Me has dicho eso con el corazón, Marta?

MARTA. ¿Crees tú que yo tengo corazón? Lo tuve, y lo tuve para todo el afecto que puse en ti... Un corazón capaz de mucho. Yo sé lo que era y lo que valía mi corazón, y sé lo que hubiera podido ser y valer yo, si mi corazón no hubiera sido herido, y golpeado, y defraudado tantas veces... La vida que he tenido que vivir ha acabado con él. Dentro de mí no hay ya sino afecto para mi, y no hay fuerza sino para sostenerme yo... Por esto te digo: vé tú y sálvate... Yo ya no sigo a nadie ni salvo a nadie... No puedo más, no quiero poder más... Me horroriza pensar la idea de volver a los días en que callas en un rincón, y yo callo en otro, sublevándote a ti todo lo que yo hago, y a mí todo lo que haces tú; no hablando sino cuando tenemos que insultarnos; tirándonos sobre la paja uno junto al otro, y repeliéndonos los dos... No puedo... No puedo... Me mataria un día... Te mataría...

RAMON. Marta, Marta... Yo no he sido malo para ti...

MARTA. No sé si lo has sido. Lo que sé es que a tu lado la vida no ha sido buena para mí.

RAMON. No he sido malo, aunque tu vida no haya sido buena. No tengo yo la culpa...

MARTA. Menos la tengo yo.

RAMON. Menos la tendré yo si dejo de ser bueno para ti.

MARTA. ¿Me amenazas? Vas a pegarme porque te digo la verdad. Esto faltaba.

RAMON. No. No te amenazo ni soy capaz de alzarte el

brazo. No sé si mereces siquiera que lo alce contra ti. Has pasado miseria, sí; como yo. Privaciones; las que yo he sufrido... ¿Te hiciste la ilusión tal vez de que yo podría librarte de todo esto? A brazo partido me has visto luchar para traerte tanto lo que soñabas como lo que necesitabas. Donde ha habido un real que ganar, allí he estado yo sin preguntar si lo que hacía me humillaba o me mataba. Y he ido afanoso, porque no carecieras de nada, de una parte a otra, aun oyendo todos los momentos cerca de mí tu voz desoladora de siempre: "No harás nada. No conseguirás nada. Está de Dios que hemos de ir rodando por la pendiente." ¿Sabes cuántas energías y cuántas ilusiones ha matado en mí esta voz?

MARTA. Echa sobre mí, si te parece, el peso de nuestras desventuras.

RAMON. Sobre ti, no; pero no las eches tú tampoco sobre mí. Echalas sobre el destino, sobre la fatalidad, sobre Dios... Echalo sobre quienquiera que esté por encima de nuestras cabezas y sea más fuerte que nuestras voluntades... *(Marta llora tirada sobre una silla.)* Acércate a mí, Marta. Dale calor de mujer, de mujer que quiere, a mi corazón, y verás bravo a mi corazón. Es bravo siempre un corazón de hombre cuando siente cerca un corazón de mujer. Acércate a mí. Enlázame con tus brazos... Dime una palabra de afecto que vuelva a unirnos muy unidos...

MARTA. *(Desasiéndose.)* No sé decirte otra palabra sino que así no quiero, no puedo seguir viviendo. Y que tú verás lo que resuelves, porque yo he tomado ya mi resolución.

ESCENA ULTIMA

Dichos, y el *Abuelo* acompañado por el *Niño*.

NIÑO. Mi madre dice que deje al abuelo aquí... Que ella ya no puede tenerlo más... *(El Niño se desprende de la mano del Abuelo y huye corriendo.)*

ABUEL. Si no me queréis tampoco aquí, decidlo en voz clara y en voz alta... Me iré a la nieve... Por mal que esté en ella, no estaré peor que entre los hijos.

MARTA. De aquí no le ha echado nadie todavía.

ABUEL. Me has echado tú antes.

MARTA. Lo he echado porque yo no tengo el deber de tenerlo. Es su hija quien tiene este deber, y es su hija quien lo echa...

RAMON. ¿Qué día le corresponde venir aquí?

MARTA. El martes, dentro de dos días. Es su hija, tu hermana, quien se lo quita de encima y me lo envía a mí, a la mala nuera...

RAMON. Nadie te ha dicho que seas mala.

ABUEL. No te he dicho yo aún que seas peor que mi hija... Lo que vuelvo a deciros es que si no os veo la cara con los ojos, os veo el alma por las palabras. Y que si no me queréis aquí tampoco, me voy.

MARTA. Yo sí le quiero, pero cuando sea el día... Hoy, no.

RAMON. Yo le acompañaré a casa mi hermana...

ABUEL. No. A casa tu hermana no vuelvo. Abreme la puerta y tírame a la calle, si en la casa os estorbo; pero a casa tu hermana no me vuelvas, que no voy ni aun llevándome arrastrado. Si me quedara allí, un día abriría de un hachazo el pecho de mi hija, y con mis ojos ciegos vería si tiene corazón... O cerraría las puertas y pegaría fuego a la casa, para que el fuego no dejara ni rastros de aquella raza. La madre me insulta cuando me tira un mendrugo de pan;

los pequeños me befan cuando me acompañan, y me hacen chocar contra las paredes y las sillas; hasta un perro a quien le dan mejor comida y mejor rincón que a mí, me muerde viéndome peor tratado que él. No vuelvo a casa de mi hija... Si no me quieres, échame a la calle o mátame de un palo en la cabeza, que es mejor

RAMON. Quédese aquí... Pero piense que nosotros no podemos... Que yo he vuelto a quedar sin trabajo.

MARTA. Que mal podemos sostener a nadie de fuera, cuando ni nosotros podemos sostenernos, y que Dios sabe lo que será de nosotros...

RAMON. Que si en casa de mi hermana no hay pan, tampoco lo hay aquí... Y que la miseria nos hace lobos de quien venga a quitarnos el trozo de pan que podemos coger con los dientes, aunque quien venga a quitárnoslo sea nuestro padre... *(Lo coge de un brazo. Lo lleva a un rincón donde hay paja.)* Duerma aquí. *(A Marta.)* ¿Tú, vienes?

MARTA. Bueno. *(Apaga la luz, cierra la puerta grande y desaparecen uno tras otro, callados los dos, por la puerta pequeña. Larga pausa.)*

ABUEL. Los hijos, lobos de los padres... Lo he oído bien y me parecía verles cuando lo decían... Todos somos lobos cuando como hombres no podemos vivir... También yo fuí lobo de mi padre... De aquel viejo como yo, y que desapareció una noche de nieve como esta noche de hoy, y no se supo más de él. ¿Aullará él en mis hijos? *(Incorporándose.)* No se supo más de él, como no se sabrá nunca más de mí. porque yo también me voy, teniendo la esperanza de que nadie me buscará. También me voy, y desde aquí digo a los que llevan mi sangre y me abandonan, a los de esta casa y a los de la otra, a los grandes y a los pequeños, a todos, que los condeno a que cuando sean viejos como yo, sus hijos sean también sus lo-

bos... *(Tentando el suelo busca la puerta grande; la abre y por ella desaparece. Vese la plaza nevada, y sobre la nieve, la luz blanca de la luna.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una inmensa plaza castellana. Plaza cuadrada, con soportales bajos y desiguales. En uno de los lados, el de la derecha, álzase la iglesia con su torre roma y rematada por unas almenas medio derruidas. En el lado de la torre que hace frente a la plaza, destaca la esfera del reloj; de un reloj sin cristales, con las saetas rotas y la esfera mellada a golpes. Junto a la iglesia, en el mismo lado, tiéndese la inmensa fachada herreriana de la casa feudal hoy en ruinas. Se ven en ella los restos de un magnífico alero. Los ventanales han sido tapiados con ladrillo y basura; cuelga el barandaje de hierro del balcón, de un balcón sin maderas Cubre el escudo de la puertá el ramo de pino prendido de un clavo, que señala la existencia en tal sitio de una taberna: es la taberna de Marta. Repartidos por la plaza hay unos bloques de piedra apenas desbastados, que sirven de asiento, y el esqueleto de unas acacias. Es media tarde.

ESCENA I

(En uno de los bloques permanecen sentados, uno junto a otro, dos Viejos pobremente vestidos. Llevan un cayadito y se envuelven en un trozo de manta. En un rincón de la plaza se ven tendidos, sin moverse ni hablar, cinco o seis hombres.)

VIEJ. 1.° ¿No se ha sabido más de él?

VIEJ. 2.° Nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Desapareció una noche de casa de su hijo Ramón...

VIEJ. 1.° ¿De ésa de ahí enfrente?

VIEJ. 2.° De ésa, sí .. Desapareció una noche y hasta ahora... Por la mañana encontraron la puerta abierta... Miraron, buscaron por la casa, preguntaron en casa de su otra hija... Nada se ha sabido...

VIEJ. 1.° Es terrible manera ésta de salir del mundo, después de una vida de penas y trabajos. ., de una vida toda por camino de espinas y con la cruz a cuestas... El tenía la misma edad que yo.

VIEJ. 2.° Dos años más que yo.

VIEJ. 1.° Con él serví yo al rey, y con él estuve en la guerra. Era valiente. No le arredraba nada. Tenía un temple de acero. Cuando resolvía hacer una cosa o llegar a un sitio, no le detenía nada ni nadie.

VIEJ. 2.° Con él marché yo a la América cuando nos fuimos allí a trabajar. No descansaba de noche ni de día, afanoso de tener dinero. Le asustaba llegar a viejo y no tener... Y mira cómo ha llegado a viejo. ¡Y cómo se ha visto de viejo!

VIEJ. 1.° No habríamos de llegar a viejos, por no oír a nuestro lado esto que yo oigo siempre: "Cuando no se sirve para nada; cuando se es un estorbo, más valdría que Dios se lo llevara a uno."

VIEJ. 2.° Lo mismo que oigo yo.

VIEJ. 1.° Ser viejo aquí y viejo pobre en casa pobre, es la pena de ser viejo unida a la pena de ser pobre; la pena de comerte un pan que no ganas, unida a la pena de que lo quitas a quien no lo tiene, y que por no tenerlo, con el pan que te da te quita el afecto que te tiene; la pena de no poder vivir, unida a la pena de anhelar morir.

VIEJ. 2.° Sí. Es horrible ser viejo, y viejo pobre, y viejo deshecho por el trabajo, en un país donde el viejo no es nada para nadie.

VIEJ. 1.° Como si no hubiéramos cogido el arma para servir al rey cuando nos llamaron... Como si

no hubiéramos pasado inclinados sobre la tierra años y años, hasta que nuestros brazos ya no tuvieron fuerza para alzar el azadón... Como si no hubiéramos pagado lo que el Gobierno nos ha pedido...

VIEJ. 2.º Que nos lo ha pedido para pagar con nuestro dinero a otros viejos que seguramente han hecho menos que nosotros, y que ahora cobran sin trabajar. ¿Tienen derecho?

VIEJ. 1.º Si tienen derecho ellos, tenemos derecho todos. Si no tenemos derecho nosotros, no tiene derecho nadie.

ESCENA II

Los mismos. el *Indiano, Don Severo* y *Don Juan.*

(El Indiano es hombre de mediana edad, opulento de ropas, de joyas y de carnes; Don Severo, el usurero, tiene edad indefinida, entre los cincuenta y los setenta años: seco, renegrido, esquinado; Don Juan, medio trabajador y medio señor; no puede ser señor porque necesita trabajar, y no puede trabajar porque quiere ser señor. Vienen los tres juntos, muy despacio, y se acomodan en otro banco.)

INDIA. *(A los Viejos.)* ¿Tomando el sol?

VIEJ. 1.º Tomando el poco sol que ya queda.

VIEJ. 2.º Tomando lo único que no nos puede quitar nadie.

INDIA. Está buena la tarde.

VIEJ. 1.º Sí; no está mala.

JUAN. ¿No se ha sabido nada del viejo de la taberna?

VIEJ. 2.º Nada. Hasta ahora, nada.

JUAN. ¿Habrá muerto?

VIEJ. 1.º Seguramente.

SEVE. *(Hablando ya ellos tres solos, acomodados en su banco.)* He oído decir que su hijo Ramón es de los que emigran hoy.

JUAN. También a mí me lo han dicho. Y además, que deja su mujer aquí.

INDIA. ¿Marta? Pues es mujer apetitosa.

SEVE. Esto usted debe saberlo...

INDIA. Yo, no. Yo no quiero ponerme plumas de pavo. Me gusta, la rondo, le brindo lo que ella quiera, y se lo daría además si me lo pidiese; pero hasta ahora, ni tanto así. Un día que le puse la mano encima por poco me abre la cabeza de un botellazo... Pero es una mujer por la que yo haría locuras...

SEVE. Pues a mí me han dicho, y no una persona, sino varias, que usted entra muchas noches después de cenar y no se le ve salir... Y que si cuando usted está va alguien a la taberna, ni la tabernera ni usted aparecen por ninguna parte.

INDIA. Habladurías. Pero habladurías que no me disgustan. Hacerse la ilusión de poseer una cosa, es casi poseerla, y a veces, el sueño vale más que la realidad. No. No soy yo... Quien creo que es el amo es Jorge, el abogado ése sin pleitos que anda por ahí.

JUAN. Ese es hombre de suerte con las mujeres: mujer que acecha, mujer que cae. Para él son los mejores bocados... Es pájaro de peligro... Si yo le viera un día aleteando por mi casa, le dispararía un escopetazo sin vacilaciones y sin piedad.

SEVE. No conviene amenazar mucho para que no le disparen a uno.

JUAN. ¿Lo dice usted por mí? Aquello fué una vez, y bien caro me ha costado... He tenido que colocar al marido en mis tierras, reconocer un hijo que no sé si es o no mío. Salí peor que si me hubieran dado el escopetazo.

INDIA. La que tampoco es mala mujer es Carmela.

JUAN. ¡Esa es de cualquiera!

INDIA. No tan de cualquiera... Es de cualquiera que tenga dinero. A mí me gusta. Y más de una vez he ido por ella a la ciudad...

SEVE. Yo nunca he dado dinero por una mujer. Si me ha venido a mano, la he cogido. Si porque cediera un poco en plazos de pago se ha entregado y lo ha valido, me he dejado caer. Pero dar dinero, dinero de mi bolsillo, sacar dinero, no...

JUAN. ¿Usted por qué dará dinero?

SEVE. Yo sólo doy dinero por más dinero. No hay ninguna mujer que dé a la carne el temblor que da ver ante nosotros un buen montón de onzas de oro...

SEVE. Pero Carmela he oído que tiene mucho dinero.

INDIA. Mucho debe tener. Porque vive como una princesa; tiene varias casas, y aquí no ha habido nadie que haya ido a pedirle que no haya salido con las manos llenas. El otro día, a una mujer que fué a solicitar de ella unos cientos de pesetas para no perder la casa, se las dió...

SEVE. Y de las manos de esa mujer vinieron a las mías... Conozco el caso...

INDIA. Ahora mismo es ella la que más ha dado para la empresa del canal y las minas. Por cincuental mil pesetas dicen que se ha suscrito.

SEVE. Ella y usted habrán sido los únicos.

INDIA. Yo, cinco mil pesetas.

SEVE. Yo, ni un céntimo.

JUAN. Ni yo tampoco.

SEVE. Esto va a ser un sacadinero. Ya verá usted ¿Un canal? ¿Sabe usted lo que representa hacer un canal aquí desde el punto donde quieren coger las aguas? Millones y millones. ¿Y cree usted que esos extranjeros, ingleses o yanquis, no sé lo que son, ni me importa, van a venir aquí a traernos este dinero a nosotros por nuestra bonita cara? Estos, a lo que vienen, es a llevarse nuestro dinero. El de usted y el de esa pelandusca, por supuesto, porque a mí ni un céntimo me van a pillar. ¡Como lo de las minas! Yo oigo hablar de estas dichosas minas toda mi vida. Lo que sé es que cuantos han venido a hacer estudios, se han ido di-

ciendo que aquí no hay más cobre productivo que el que cada uno tenga en su bolsillo en forma de moneda...

VIEJ. 2.° Yo soy más viejo que tú, y ya oía a mi abuelo hablar de estas minas y de este canal, y decía lo que tú.

VIEJ. 1.° Pues eso de las minas yo no lo sé, porque apenas conozco lo que hay encima de la tierra, para que sepa lo que hay debajo de ella... Pero lo del canal sí lo creo, y además creo que ha de ser una gran riqueza para esta comarca y un gran beneficio para quien lo haga.

SEVE. Si pudiera ser una riqueza segura, no habría faltado quien se hubiese metido en ello...

JUAN. A mí tanto me importa que lo sea, como que no. Yo no pienso dar nada por crear esa riqueza, porque no tengo ningún afán por disfrutarla... Unas tierras que me preocupaban más que me rentaban las he abandonado, quedándome con otras cedidas a medias, y que con lo que me producen como, bebo y duermo sin ningún quebradero de cabeza... ¿Que no dejaré ni un céntimo? Quien venga atrás, que se espabile. ¿Que podría tener mejor mesa y hacer alguna escapada? Ya estoy bien como estoy. Me levanto cuando quiero; me acuesto cuando me da la gana; si me place pasear, paseo; si no me sale del cuerpo dejar la cama, me paso en ella todo el día. ¿Quién más rico y más feliz que yo?

INDIA. Pues a mí me gustaría que esta comarca fuera prosperando de día en día. Ha de haberse estado años y años, como yo, muy lejos de aquí, para saber la ilusión que despierta la tierra donde uno ha nacido... A mí no me importaría gastar en este rincón la mitad de las pesetas que traje de América, si supiera que habían de ser para mejorarlo. Y esta empresa de estos ingleses o yanquis me parece que tiene este fin. Yo por lo menos, así lo creo...

SEVE. Pues yo, no.

VIEJ. 2.° Ni yo tampoco.
JUAN. A mí tanto me da.

ESCENA III

Los mismos. Ramón, Antonio, Quintín, Valerio, Pedro, que salen en grupo.

RAMON. Con Dios.
INDIA. Con Dios todos. ¿Sois los que os vais hoy?
RAMON. Sí.
INDIA. ¿Y vais lejos?
QUIN. Yo marcho a América. ¿Qué hace uno aquí? Cada vez peor. Cada vez atrasándote más. Ya no teniendo nada de qué responder, y viendo siempre el día de mañana más negro que el de hoy... Tenía unos palmos de tierra de mis padres... Préstamo sobre préstamo encima de ella hasta que fué a parar a manos de don Severo. ¿Es verdad?
SEVE. Verdad.
QUIN. Ahora, la choza... Lo que uno debe es ya casi más que lo que la choza vale...
SEVE. Casi más... Es verdad también.
QUIN. Irá también a caer en poder de don Severo. ¿Ha de esperar uno a que no tenga siquiera techo? No. Cierro la puerta. Cargo con la gente y a otro mundo...
INDIA. También hay pobres allí.
SEVE. Siempre habrá pobres.
QUIN. No reniega uno de ser pobre. De lo que reniega es de no tener trabajo y de no poder sostener siquiera, por falta de trabajo, la pobreza que uno tiene. No quiero venir de allá con las manos llenas de anillos, como usted. *(Al Indiano.)* Mi cabeza no está llena de humos...
INDIA. Yo quisiera que volvieras así.
QUIN. Eso va en suerte y en saber, y yo ni saber ni suerte tengo. Yo lo único que quiero es, viniendo o no viniendo nunca más, vivir con las

manos ocupadas y tener asegurado, con el sudor de mi frente, el pan de cada día...

ANTO. Ramón y yo nos vamos a Francia... Dicen que allí se necesitan hombres. Esta noche marchan con nosotros dos que han venido a recoger a sus familias. Han hecho en poco tiempo algunos ahorros. Se llevan mucha gente de aquí y de los pueblos de esta comarca. Va a quedar esto que sólo vivirán aquí los que no necesiten trabajar.

VIEJ. 2.° O los que ya no podamos trabajar.

JUAN. *(A Ramón.)* ¿Tú vas con tu mujer?

RAMON. No. Mi mujer se queda aquí. No quiere venir. Estamos de mal talante los dos hace unos días.

JUAN. ¿Y no te preocupa dejarla sola aquí?

RAMON. ¿Por qué ha de preocuparme?

JUAN. Una mujer sola y bien parecida como la tuya es siempre una tentación... Y aquí hay mucha gente que no tiene nada que hacer en todo el día y en toda la noche.

RAMON. Estoy tranquilo. Creo en ella... Además, si ella no se guarda, no la guardará nadie. En esta cosa de hombres y mujeres, yo digo que sólo hay una ley que ata: el afecto. El afecto que los dos se tengan. Los dos. Porque si el afecto es de uno solo, la ley no existe tampoco, se rompe. Y que faltar uno de los dos al otro, es falta de respeto en quien falta, y falta de respeto es falta de afecto... Yo no me sentiría unido ni obligado para nada a mi mujer, si sospechase de ella... Si la sospecha llegaba a ser certera, no sé lo que haría... No quiero pensar en lo que haría. Pero me he exaltado sin motivo... Mi mujer es mía... La miseria nos pone a veces serios y nos separa como ahora... Pero es mía... *(El señorito Jorge atraviesa la plaza y entra en la taberna.)*

JUAN. Es tuya, sí. Y nadie lo duda. Pero mira quién entra en la taberna.

RAMON. ¿Quién entra? *(Todos se vuelven hacia la puer-*

ta de la taberna.) ¿No es Jorge ese que entra?

JUAN. Jorge, sí.

RAMON. ¿Y por qué me lo señala usted? Jorge puede entrar en esa casa, como usted, como ése, como todos... Pero Jorge tendrá para mi mujer el mismo respeto que usted. El mismo respeto *(Exaltándose.)* que le guardara usted con la palabra no volviendo a poner el nombre de mi mujer para nada en la boca... Porque si ella se basta para defenderse de los que la buscan, yo me sobro para defenderla de los que la difamen...

ANTO. No te exaltes, que no hay por qué... Puedes tener confianza en Marta. Yo sé cómo trata a todos y sobre todo a ese que ha entrado.

RAMON. Es que hay quien cree que por ver a una mujer pobre y sola tiene derecho a hacerla suya, y si no la puede hacer suya, como él quisiera, poseyéndola toda, que tiene derecho a injuriarla con los ojos, con el pensamiento, con la palabra... Creen que de la pobreza a la vileza no va nada, y buscan, sobornan, asedian... Que dejen a la mujer que ya tiene hombre en paz y que vayan, si tienen hambre de mujer, con esa perra de Carmela, que no es de nadie y que puede ser de todos...; esa perra que no debiéramos dejarla entrar aquí, porque en este pueblo de miseria, la opulencia de ella llena de malas ideas al entendimiento, torturado por el dolor y alocado por el hambre, de muchas mujeres. *(Pausa.)*

VIEJ. 1.° ¿No se ha sabido nada de tu padre? *(A Ramón.)*

RAMON. Hasta ahora, nada.

VIEJ. 1.° ¿Por qué no habéis ido al fondo del barranco?

RAMON. Anda estos días lleno de nieve y agua. No puede bajarse a él. Nos hemos descolgado hasta donde hemos podido... Pero no se ve rastro... Yo no creo que haya muerto. Más pronto pienso que se habrá refugiado en alguna cueva... Lo ha hecho ya otras veces...

ANTO. Bueno... Nosotros pedimos dinero para irnos esta noche. Vamos en grupos para ver lo que recogemos... ¿Qué quieren ustedes darnos? Ustedes son de los que más pueden.

JUAN. Cada uno se sabe lo que puede... Tomad. *(Les da unas monedas.)*

INDIA. Yo no tengo nada aquí... Pasad después por casa...

SEVE. Yo apenas tengo dinero... Todo lo mío lo tengo en papeles... Pero algo os daré.

INDIA. Pero ¿cómo os vais ahora, si van a empezar pronto el canal, las minas?

QUIN. Cuando estas obras empiecen, nosotros ya pudriremos bajo tierra.

INDIA. Tal vez, no... Porque a mí me han asegurado que no tardarán los trabajos.

RAMON. Pues si es así, cuando sea, aquí estaremos... Yo tengo confianza en ello, y por esto no me voy más lejos.

ANTO. Yo también... Pienso que son cosas que deben hacerse, y lo que debe hacerse, un día u otro llega.

QUIN. Seguiremos la vuelta, que se hace tarde.

INDIA. Pasad por casa, que allí voy yo en seguida. *(Se van Ramón, Quintín, Antonio, Valerio y Pedro.)*

ESCENA IV

VIEJ. 1.° Parece que no pasa el tiempo. ¿Recordáis? Hace ya cincuenta años, una tarde así, como la de hoy, también mendigábamos nosotros para poder emigrar.

VIEJ. 2.° Y dentro de cincuenta años, en una tarde así, mendigarán los hijos de los que aún no han nacido para emigrar ellos también.

INDIA. No. Las cosas cambian...

VIEJ. 2.° ¿Que cambian? En la ciudad, tal vez. Yo estuve hace unos años en la corte; no había estado desde que serví al rey, y no la conocía... Parecía otra ciudad... La ciudad, sí... Pero

¿aquí qué cambia? En chozas vivíamos, y en chozas vivimos; no supieron leer nuestros abuelos, y no saben leer nuestros nietos; sólo había un camino de herradura hace cien años, y un solo camino hay; hambre pasábamos nosotros, y hubimos de marchar para defendernos de ella, y hambre pasan esos que se van, y por esto se van. Lo único que cambia es lo que de mal se pone en peor. Cada día se trabaja menos tierra; cada vez somos menos gente; en cada generación son más esmirriados los hombres. Nuestros padres eran mejores mozos que nosotros. ¿No os acordáis del tío Antón, que vivió cerca de cien años y parecía un gigante? Pues como él había muchos en su época... Nuestros hijos ya son más pequeños que nosotros...

JUAN. Esto habría de volverse de arriba a abajo.

INDIA. Pero ¿quién lo vuelve?

SEVE. Esto. ¿Quién hace el milagro? Porque desearlo no basta; es necesario hacerlo... Y hacerlo no es cosa de un día, ni de un siglo, ni de un hombre, ni de una generación de hombres... Además, que quien tiene que perder esta bien como está y no quiere enredarse en aventuras...

JUAN. Sí... Las aventuras son peligrosas...

INDIA. Pero son necesarias... Es preciso lanzarse a las aventuras.

SEVE. No, no.

VIEJ. 2.º Como no somos nosotros quienes hemos de arreglarlo, y mucho menos quienes hemos de verlo arreglado, vamos a recoger en la era el último rayo de sol que queda... Que el sol sí que es aquí una bendición de Dios...

VIEJ. 1.º Tal vez la única bendición que Dios nos ha echado... Hasta después.

JUAN. Yo me voy a la taberna a hablar con la tabernera...

INDIA. Yo me voy a casa a esperar los emigrantes.

SEVE. Es verdad. Ya no pensaba yo en ellos. Yo también voy. No habrá más remedio que darles

algo... *(Aparecen por uno de los lados de la plaza Don Manuel y un Inglés. El inglés se produce con el tono y el gesto impertinentes de un colonizador. Los Viejos se detienen al verlos. Don Severo y el Indiano también.)*

VIEJ. 1.° ¿Quién es?

VIEJ. 2.° No sé. Uno es el maestro. El otro, no sé.

INDIA. Es el inglés que viene a ver esto de las minas y el canal. Mañana creo que llegan ya los ingenieros.

SEVE. A mí no me enganchan... Me da miedo esa gente que viene sin saber nadie de dónde viene y que de la noche a la mañana puede irse sin saber nadie adónde va...

MANU. Buenas tardes, señores.

TODOS. Buenas tardes. Buenas tardes. *(Los dos Viejos, juntos, renqueando, apoyados en los cayados, salen por la derecha. El Indiano y don Severo marchan cada uno por distinto camino. Don Juan entra en la taberna.)*

ESCENA V

Don Manuel y el *Inglés*. A poco, *Don Wenceslao* y *Marta*.

INGLES. Me encantan estas plazas de los pueblos. Qué severidad; qué sobriedad hay en ellas... Tienen un fuerte sabor histórico.

MANU. Como que esas plazas son el corazón de la historia de esta tierra... Aquí pasó todo... Los alzamientos y las decapitaciones; los toros y los autos de fe; las luchas por la Constitución y las luchas contra la Constitución... Cada piedra señala un momento de grandeza y una característica de la grandeza; la iglesia, el momento de grandeza de la religión; el palacio, el momento de grandeza de la aristocracia; el Ayuntamiento, el momento de grandeza de los Municipios... Toda la plaza, con sus soportales, el momento de grandeza industrial

y mercantil de esta comarca. En esta plaza, hace dos siglos, se reunian tres veces al año centenares de personas que venían al mercado. Este mercado tuvo fama en el mundo.

INGLES. ¿Todo esto fué?

MANU Fué. Y puede volver a ser. ¿Por qué no? La tierra y el hombre pueden aún dar aquí mucho rendimiento. Este pueblo, el día menos pensado, se pondrá en pie y continuará o empezará su historia, quién sabe, pero hará historia.

INGLES. ¿Usted cree?

MANU. Lo afirmo.

INGLES. El temperamento del hombre no lo conozco... He querido estudiarlo alguna vez, pero me he desconcertado y perdido estudiándolo... Se encuentran en él las más absurdas contradicciones... En lo de la tierra coincido con usted: es de una riqueza insospechada... Pero está colonizada por nosotros, por otros extranjeros... Ya verá usted el beneficio que nosotros obtendremos de aquí...

MANU. ¿Con las minas?

INGLES. Con las minas y con las aguas, que todo está en abundancia y todo se pierde. *(Don Wenceslao sale de la taberna seguido de Marta, que le acompaña hasta la puerta. Don Wenceslao es alto, espigado. Lleva unas barbas y unas melenas muy largas. Viste arbitrariamente.)*

MARTA. ¿Qué quiere?

WENCE. ¿Tienes unas monedas? ¿Cuarenta, treinta céntimos?

MARTA. No tengo.

WENCE. Quince, diez céntimos... Menos no puedo pedirte... Pediría a esos otros, pero no quiero humillarme ante ellos. Tienen alma plebeya y no comprenden. Tú tienes alma aristocrática como yo y sabes hacer las cosas con un gesto que te ennoblece a ti y que no rebaja a nadie.

MARTA. Tome diez céntimos.

'ENCE. Que no vean cómo me los das. Así. Gracias... *(Marta entra en la taberna otra vez. Don Wenceslao se acerca a don Manuel y al Inglés.)* ¿Contemplan ustedes la plaza? Es la más bella de toda la comarca... Lo era mucho más cuando estas casas de aquí eran pórticos de piedra labrada, que pertenecieron a ese palacio *(Señala la taberna.)* que fué de unos antepasados míos. Vinieron al suelo los pórticos en una protesta popular que hubo contra el señor que la ocupaba entonces... Yo no sé en qué fecha fija fué, pero debió ser en época de los comuneros. Eran otros tiempos y otros hombres...

NGLES. Don Manuel cree que volverán...

VENCE. Yo no creo... Y no porque piense que el pueblo de ahora es inferior al de entonces. Creo que es igual: pasivo, fatalista, dejándose arrastrar, si lo conducen; quieto, si nadie lo mueve. Lo que hubo cuando este país fué grande e hizo grandes cosas es temperamentos aislados, grandes caracteres... Uno de ellos fué mi antepasado, el fundador de esta casa. Alojó aquí al rey, y porque el rey le hizo un desaire, le declaró la guerra. Un descendiente suyo fué Hernán Cortés, el que descubrio Méjico. Otro fué un inquisidor... El escudo de la casa, que ahora tapa este ramo, tiene, en un cuartel, alas de águila; en otro, una carabela; en otro, cinco corazones atravesados por cinco puñales... La leyénda de estos corazones es trágica y bella. Mi antecesor tenía aquí con él, en este palacio, cinco mujeres que le adoraban... Las dejó cuando marchó a una de sus hazañas... Al volver tuvo sospechas de su fidelidad... Y las fué llamando una después de otra a su lecho y después de haberlas gozado, con un puñal les atravesaba el corazón... La leyenda dice que como venganza de aquellas mujeres muertas, todo hombre que vive en esta casa, tanto si su mujer le es fiel como no, sentirá las torturas de la duda sobre su fidelidad.

INGLES. ¿Y el viejo palacio señorial es ahora taberna?

WENCE. Taberna, y taberna pobre... Otros palacios son estercoleros; otros sirven para guardar el ganado; otros son cuevas de pobres... Estas piedras son la prueba de lo que fuimos; lo que han venido a ser estas piedras es el testimonio de lo que somos... Fíjese usted: el único aristócrata que queda aquí soy yo, y mire yo en qué he quedado... Unos me tienen por loco; otros por vividor; unos se ríen al pasar por mi lado; otros me insultan; unos me tiran monedas; otros me azuzan los perros... No comprenden que soy el espíritu de otros tiempos y que lo que debieran ver en mí es lo que fuí y lo que debería ser, si hubiera conciencia en las jerarquías... Creen que todo el afán es arrastrarse para comer, sin advertir que en uno de los cuarteles de mi escudo hay alas de águila. ¿Tiene usted un cigarro, don Manuel? Ya sabe que a usted es a uno de los únicos que le pido, porque no me humilla al darme... Sabe usted hacer las cosas con gesto que le ennoblece a usted y que no me rebaja a mí...

MANU. Tome un cigarro...

INGLES ¿Quiere usted un habano?

WENCE. Venga el habano. Usted sabe dar las cosas... Tiene un gesto que le honra y honra a quien recibe de usted... Ustedes son ahora una raza aristocrática, como lo fueron los míos, como lo soy yo. Podemos envolvernos en nuestra capa y mirar con desprecio a los demás... Con desprecio, sobre todo, a un pueblo que, para no tener noción del tiempo, destroza el reloj a pedradas... Véalo...

INGLES Es verdad, es verdad.

WENCE. ¿Quiere usted entrar aquí? Verá los artesonados, los patios... Hay aún piedras y maderas de mucho mérito...

INGLES. ¿Se venden?

WENCE. Todo lo que estaba por vender, ya se ha vendido... Pero hay ruinas que son una maravilla

de arte y escenas de episodios históricos del más vivo interés... Existe aún la sala donde el antepasado mío dió muerte a las cinco mujeres infieles...

IGLES. Entremos... Entremos... *(Entran en la taberna los tres.)*

ESCENA VI

Ramón y *Antonio.* En seguida *Marta.*

(Salen por uno de los lados de la plaza. Llevan unos hatillos de ropa.)

NTO. Yo voy en un brinco a casa de don Severo... A ver si le sacamos algo a ese perro usurero.

AMON. Yo quiero despedirme de Marta. No me resigno a irme sin decírselo, sin darle la mano... No se portó bien conmigo, pero no quiero portarme yo mal con ella.

NTO. ¿Nos reuniremos en mi casa o aquí?

AMON. Aquí, mejor. *(Se va Antonio. Ramón se acerca a la taberna y llama desde la puerta.)* ¡Marta, Marta!

ARTA. *(Saliendo.)* ¿Qué quieres? Entra.

AMON. No entro.

ARTA. ¿Por qué?

AMON. Porque no entro... Vengo a decirte adiós... Estaba dispuesto a irme sin decirte una palabra... Pero no sé qué mano me ha empujado hasta aquí...

ARTA. ¿A decirme adiós? ¿Adónde vas?

AMON. Me voy del pueblo, de España. Me falta valor para irme del mundo, si no me iría de él tambien.

ARTA. ¿Vas a América?

AMON. No. Voy a Francia... ¿Quieres acompañarme?

ARTA. He de repetirte todo lo que te dije el otro día: ¿he de destrozarme el alma repitiéndotelo? No voy. No me siento con fuerzas para ir... Déjame aquí, donde medio vivo, con estos cuatro

vasos y estas cuatro mesas, y vive tú con lo que ganes... Si algún día la suerte es otra, la suerte nos volverá a unir. Pero a unir donde estemos quietos, fijos, bajo un techo que sea siempre el mismo techo. Yo no quiero correr más aventuras...

RAMON. Las aventuras que corro yo.

MARTA. Y que yo no te impido... Que te dejo libre para que puedas correrlas y que puedas correrlas sin el peso de llevarme a mí.

RAMON. Es que tal vez es más peso para mí dejarte que llevarte conmigo.

MARTA. ¿Peso, por qué? *(Mirándole a la cara.)* Dinero no has de mandarme... Sacrificios no te pido que hagas, no los necesito; si los necesitara, te los pediría... ¿Peso, por qué?

RAMON. Porque sufro por ti.

MARTA. No sufras... Piensa qus habrías de saber cualquier mal que me ocurriera.

RAMON. Porque temo por ti.

MARTA. ¿Temes qué?

RAMON. Que separados, distantes uno de otro, caigas un día...

MARTA. Caiga ¿con quién?

RAMON. Con quien sea; con quien más te busque; con quien no te busque nada. Caigas porque te falte mi presencia, mi asistencia; porque con la distancia y el tiempo de separación haya muerto en ti el sentido del deber...

MARTA. ¿El sentido del deber? Podrías hablar antes del afecto que del deber, y podrías, después del deber, hablar de mi honra... ¿Tan poco crees que están cogidas dentro de mí mi honra y mi afecto, que pueden con tanta facilidad desaparecer? Parece que en vez de despedirte hayas venido a insultarme.

RAMON. A insultarte, no, a prevenirte. Y viendo que es inútil seguir hablando, a decirte adiós...

MARTA. *(Suplicante.)* Entra...

RAMON. No. No entro. Adiós. Te haré saber dónde estoy, por si quieres hacerme saber cómo estás.

ESCENA VII

Los mismos y señorito *Jorge.*

JORGE. *(Saliendo de la taberna.)* ¿Haciéndose el amor? Muy bien.

RAMON. No estoy para bromas. Y oye, ya que estás aquí y te veo antes de irme. Esa mujer es mía. ¿La ves? Es mía. Aunque yo no viva en esta casa, aunque esté en la otra parte del mundo, es mía. No sé si hablas de ella lo que no debes ni puedes hablar.

JORGE. ¿Yo...?

RAMON. No sé, y como no lo sé, no te arranco la lengua...

JORGE. ¿A mí?

RAMON. A ti.

MARTA. ¡Ramón!

RAMON. ¡Déjame tú! A mi mujer no has de ponértela en la boca de aquí en adelante para nada. ¿Lo oyes? Para nada. Y mira la hora que sales de aquí y por dónde sales, porque esta casa no vuelves a pisarla... Y estando yo fuera del pueblo, con mucho más motivo que estando yo en él...

JORGE. ¡Me explicarás!

RAMON No he estudiado para discutir. ¿Pero es claro lo que te digo? Pues, sin más explicaciones, cúmplelo como te lo mando... O no lo cumplas, si eres hombre y tienes valor para habértelas conmigo... *(Vuelven a salir los Viejos, que nuevamente ocupan su puesto de antes. Es ya noche negra.)*

JORGE. Quieres reñir. Yo no tengo ganas de ello... Tú sabrás lo que te pasa... Cuando vuelvas a tener juicio ya hablaremos... Yo no tengo que ver nada con todo eso que dices... *(Se va sin volver la cabeza.)*

MARTA. Has hecho una locura.

RAMON. He hecho lo que debía y haré lo que le he dicho si le vuelvo a ver por aquí.

MARTA. Me agravias pensando lo que piensas.
RAMON. También me agravian a mí diciendo lo que dicen...
MARTA. ¿Qué dicen, que puedas tú creerlo conociéndome? No aumentes tú el escándalo de lo que puedan decir, que es falso, con lo que tú hagas, que puede dar la impresión de ser verdadero.
RAMON. Coge lo que tengas aquí dentro; cierra la puerta de esta casa y ven conmigo... Nadie hablará...
MARTA. Ya te he dicho que a correr nuevas aventuras; a pasar hambre por tierras extrañas; a no saber cómo hemos de volver aquí; a andar de una parte a otra con la casa a cuestas, como desterrados, como desheredados; no, no. No me siento con fuerzas. Estoy ya deshecha. Vete tú.
RAMON. Entonces, adiós.
MARTA. Entra para decirte adiós...
RAMON. No entro. Adiós...
MARTA. Adiós, entonces. *(Llorando le tiende la mano y se hunde en la casa.)*
RAMON. Adiós.

ESCENA VIII

Antonio, Ramón y los *Emigrantes.* Por el fondo de la plaza, cruzándola muy despacio, se ve pasar a los Emigrantes. Pasan como sombras. Sombras de mujer y sombras de niños. Llevan los Emigrantes sus hatillos al hombro.

ANTO. *(Gritando desde el fondo.)* Ramón, vamos.
RAMON. Vamos.
ANTO. Tenemos dinero para la mitad del viaje. La otra mitad habremos de hacerla a pie.
RAMON. Bueno.
ANTO. ¿No viene contigo?
RAMON. No. Se queda. Quiere quedarse... ¡Cuántas co-

sas rompe la miseria! Yo creí que no podría separarme nunca de esa mujer. Y mira: me voy solo. Pensé que no me abandonaría nunca. Y mira: me deja ir solo...

EMI. 1.° ¡Adiós, plaza de mi pueblo! Te llevaré siempre en el alma...

EMI. 2.° ¡Adiós, plaza del pueblo!... ¡Voy a ver si te arranco de mi alma para siempre!

EMI. 3.° ¡Adiós, viejos! ¡Cuando volvamos, si volvemos, ya no vivirá ninguno de vosotros!

VIEJ. 1.° ¡Morir es librarse de la carga de la vida!... Ahora aún vais con el corazón ágil... Ya sabréis lo que pasa cuando no podáis con ella...

ANTO. No nos desmayéis más. *(Los Emigrantes entonan un canto popular.)* Así, cantando. Ha de saberse remar contra la corriente. No vuelvas tú la cara. *(A Ramón.)* Adelante... Buena o mala, ésta es nuestra vida...

RAMON. Es mala. Es una vida maldita. La maldición de tener que ganar el pan y no haber trabajo para ganarlo. *(Marchan con los otros Emigrantes, que siguen cantando. Los dos Viejos permanecen impasibles.)*

ACTO TERCERO

La taberna de Marta, situada en la misma casa señorial. Todo ofrece un aspecto de mayor orden, de más limpieza. Hay más vajilla y es más pulcro lo que hay. Son nuevas las mesas y los bancos. En las paredes, blanqueadas, destacan grandes carteles con epígrafes que dicen: "Se necesitan obreros para las minas". "Se necesitan obreros para el canal." Han pasado cinco años desde el día que Marta y Ramón se despidieron en la puerta.

ESCENA I

Don Wenceslao, Don Juan, Don Severo y el *Indiano* dialogan sentados alrededor de una mesa. *Marta,* mejor vestida, alegre, va de una parte a otra.

SEVE. ¿Y por cuánto dices que te lo compran todo? *(A Marta.)*

MARTA. Por quinientos duros... No vale ni la tercera parte lo que hay aquí; pero me pagan también lo que representa el cederles el puesto...

SEVE. Está bien pagado... Ya puedes venderlo...

MARTA. Sí... Además tenía ganas de despedirme de ello... Ramón no quiere verme en la taberna.

JUAN. ¿Y qué van a hacer aquí?

MARTA. Pues dicen que van a tirar muchas paredes y dejar una sala muy grande con rejas de hierro y ventanillas para los pagos. Tapiarán luego la otra puerta que da a la calle y harán una escalinata que vaya a la oficina de arriba... Piensan gastar mucho dinero y aseguran que van a dejar un palacio mejor que el que había...

WENCE. *(Incorporándose exaltado.)* No digas herejías. No blasfemes. ¿También tú, que eres una de las cabezas más firmes y más claras de este pueblo, de este pueblo que no ha sido nunca filisteo, sino siempre romántico, óyelo bien y repítelo fuerte? ¿También tú, con la calderilla de esa gente, que no es el oro de ley de otros tiempos, te has vuelto débil y oscura? ¿Cómo han de hacer un palacio mejor que el que había? El palacio que había, que hay aún, porque aún no se ha derruído ni envilecido del todo, vale por lo que fué y por el sabor de historia que tenían y aún tienen, porque aún están aquí, todas sus piedras... No tengo fuerza. Pero si la tuviera, contra esos bárbaros, que no sé si han llegado del Norte o del Sur, del Este o del Oeste; que ignoro si han venido a civilizarnos o a demostrarnos que somos incapaces para la civilización; que dudo si han entrado aquí para enriquecernos o para enriquecerse con lo nuestro, alzaría las gentes, y les diría: ¿quieren ustedes, porque tienen dinero, vivir en casa rica, como príncipes y como si fueran los aristócratas de nuestro tiempo? Piedras tiene el monte y espacio tiene la tierra para levantar los muros de su casa...

Pero este palacio, con escudo en la puerta, que sabe de nuestros tiempos heroicos, que fué albergue de reyes y cuna de quienes clavaron la cruz y desnudaron la espada en la otra parte del mundo, este palacio respetadlo... Respetadlo en su miseria de hoy, pensando en su opulencia de ayer... Respetadlo en su ruina, recordando el poderío que tuvo...

JUAN. No se exalte usted, don Wenceslao: esto no tiene importancia... Y, además, me parece bien que lo hagan... ¿De qué sirve este caserón, que el mejor día puede venirse al suelo y causar una catástrofe? Que lo compren; que lo renueven. Estas piedras qué quedan ya no valen nada... Lo que valía algo se lo han ido llevando entre unos y otros... Usted mismo ha vivido mucho tiempo de las cosas que ha ido sacando de aquí... Que lo pinten, que lo apuntalen, que hagan de él lo que quieran... Tanto da... Lo que es un dolor de conciencia es ver las riquezas que esa gente saca de debajo de la tierra y cómo se las llevan todas fuera de aquí... Contra eso sí que debíamos sublevarnos...

MARTA. No. Dinero queda aquí también, y la prueba es la gente que trabaja; los jornales que ahora se ganan y las casas que se han hecho... En cinco años, el pueblo ha dado un cambio que asusta

SEVE. Tú hablas bien porque te va bien... Tu marido colocado desde el primer día; ahora creo que es jefe de grupo...

MARTA. Desde hoy, sí.

SEVE. Tu marido, bien... Ahora vendes esto a buen precio...

INDIA. *(Por don Severo.)* Y usted ¿de qué se duele? ¿De ver los beneficios que todo esto produce y no tener usted parte en ellos? La culpa es de usted y de los que son como usted y están hoy como usted está. La riqueza ésta la tenían ustedes a su disposición: en sus manos

estaba y contaban con medios para hacer lo que hoy esos extranjeros hacen... Nada hicieron. Y dejaron pasar meses, años, siglos. "Dicen que aquí hay unas minas muy ricas"—se preguntaban de tarde en tarde. "Sí—se contestaban—, ya lo decían nuestros padres y nuestros abuelos". Pero nada. Y las minas quietas, estériles, con su tesoro guardado. "Sería muy conveniente un canal que regara esto y aquello"—decían. "Sí, pero ¿quién lo hace?" —contestaban. "Esto cuesta millones, y el Gobierno"... Y excusándose en el Gobierno, dejaban también por hacer el canal. No les preocupó una sola vez la miseria de los que aquí vivían; la emigración constante. Nada... Un búen día vinieron estos extranjeros. Les pidieron dinero; pidieron dinero a usted... y a otros como usted que podían darlo... "Son aventureros—dijeron ustedes—. ¿Quién sabe de dónde vienen y adónde van? No. No. Nuestro dinero es para nosotros." Y se guardaron para ustedes su dinero. ¿Qué les duele ahora? ¿Que de fuera hayan venido a hacer lo que los de dentro no supieron o no quisieron hacer? ¿Que los extranjeros se lleven la riqueza, que es nuestra y debiera ser para nosotros? Duélanse si les parece, pero no den la culpa a nadie, porque toda la culpa, usted y los que son como usted, la tienen.

JUAN. Yo no me duelo de nada. Al contrario. Una hacienda que tenía yerma me la han expropiado para que pase el canal por allí, y la han pagado a buen precio. Con lo que ya tenía de renta y con esto que me ha llovido del cielo, puedo tener ya la seguridad de que, mientras viva, puedo acostarme y levantarme a la hora que quiera: de que ya no me atosigarán preocupaciones de ninguna clase y que no tendré que pensar para nada en trabajar.

ESCENA II

Los mismos, Dolly y *Mary.* Dolly y Mary son dos muchachas que trabajan en las oficinas.

DOLLY. Buenas tardes, Marta.
MARTA. Buenas tardes. *(Se acerca a la puerta.)*
DOLLY. ¿No pone usted la bandera en la puerta?
MARTA. ¿Bandera? No tengo...
DOLLY. Ya le dejaremos nosotros. Arriba hay. Nosotros ponemos la inglesa y la española. Ha de celebrarse la solemnidad de hoy. El reloj hacía mucha falta. ¿No ha visto usted el que han puesto? Es hermoso.
MARTA. No vayan a romperlo otra vez.
DOLLY. No hay cuidado. ¿Quién va a tener esta mal alma? Da las campanadas con una música encantadora. ¿No lo ha oído usted?
MARTA. No.
MARY. Nosotros lo oímos el otro día arriba en la oficina. Esta tarde cuando se haga la inauguración tocará las primeras horas. ¡Es un buen regalo que se hace al pueblo!
MARTA. Ya lo creo. Y el pueblo lo estima mucho.
DOLLY. Le mandaremos ahora la bandera... Le mandaremos otra inglesa también. Nos vamos arriba a trabajar.
MARTA. Ustedes trabajan siempre.
MARY. Es nuestra vida. Y estamos contentas con ella... Hasta después.
MARTA. Adiós. *(Se van Dolly y Mary.)*

ESCENA III

Los mismos, menos *Dolly* y *Mary.*

INDIA. Me son simpáticas estas muchachas... Tan limpias. Tan unidas siempre. Marchando a su labor como hombres y andando como hombres por el mundo.

WENCE. A mí no me gusta esta libertad... La mujer no ha nacido para ir como van esas muchachas, sin ojos que velen por ellas, sin nadie que las sujete... El mundo de la mujer, dijo ya el filósofo, es la casa...

MARTA. Pues a mí me parece bien... La mujer debe buscar sostenerse por sí sola, sin necesitar del padre o del marido... Esto de que hayas de ser una bestia de carga o no tengas otra salida que la de Carmela, es una esclavitud o una indignidad...

JUAN. Vé tú a saber si estas muchachas son peór que Carmela...

MARTA. Esto es difamar por el gusto de hablar... ¿Qué puede usted decir de esas muchachas? ¿Quién puede decir en el pueblo nada de ellas? Jorge, el señorito, se permitió un día una broma, y de una bofetada le dejaron tonto... ¿Quién más se ha acercado y a quién más han permitido acercarse?

INDIA. Es verdad.

JUAN. También aquí Carmela parece una santa, y fuera de aquí es lo que todos sabemos que es... Vé tú a saber lo que fuera de aquí son esas inglesas santurronas.

SEVE. Buenas o malas, yo no las puedo ver. Me siento ofendido por su presencia. Te miran con altanería; hablan despectivamente del pueblo y de nosotros; ríen con insolencia al vernos... Andan por la calle y entran en todos los sitios como si estuvieran en una colonia suya... Lo mismo ellos que ellas... Ellos tratan de tú incluso a los pobres viejos, y nos miran como si fuéramos de una casta inferior, irredimible... Muy abajo estamos; pero no tan abajo... Y si no valemos nosotros, vale lo que hay en la entraña de la tierra que pisamos nosotros y que ellos se llevan y que nosotros dejamos que se lleven...

WENCE. Yo también estoy harto. No sé qué dicen de mí y de mis barbas. Lo que sé es que se bur-

lan, y para llevar la burla al agravio insolente, me han ofrecido una plaza de conserje, con la obligación de vestir librea y dejarme patillas... ¿Te ríes también tú? *(A Marta.)* ¿Os reís también vosotros?

INDIA. Yo me río. Me hace gracia... Y además creo que tienen derecho a reírse de nosotros.

SEVE. ¿Por qué?

INDIA. Porque sí... Porque hacemos reír... Tenemos aquí una riqueza formidable de agua, de piedras, de tierra. Las dejamos perder años y siglos, viviendo en la más horrible de las miserias, emigrando a América, cuando nuestra América es esto... Nos ven a unos con dinero, viviendo de la usura y teniendo el dinero enterrado en un Banco; otros, resignándose a vivir sin nada; otros, haciendo sueños sobre aristocracias que ya pasaron... Ven una manada de hombres sin saber leer ni escribir, cuando entre ellos leen y escriben todos... ¿No han de reírse? Hacen bien en reír, como nosotros haríamos bien en llorar.

MARTA. En llorar y en aprender de ellos...

INDIA. Tienes razón.

WENCE. No tiene razón... Cada uno es como es y tiene su fuerza en ser como debe ser... El rumbo de ellos es el que siguen: ser filisteos y correr allí donde hay dinero... El nuestro es, con la capa rota, viviendo en chozas, conservar el gesto de una raza romántica. Es ésta la hora de los filisteos; que medren, que triunfen... Pero conservemos nosotros íntegra nuestra pureza, para cuando llegue nuestra hora... Yo no me cambio, porque espero; quien no espere nada, que se cambie por lo que quieran darle...

INDIA. Yo no me cambio, pero agradezco que hayan venido a hacer lo que no hemos sabido hacer nosotros... Y me siento satisfecho de haber contribuído con mi dinero a que se descubriesen las minas y se hiciera el canal, como me

honra el contribuir hoy con mi presencia a la solemnidad de la inauguración del reloj...

WENCE. Pues yo ni con mi presencia quiero contribuir... Y para que no haya dudas ni maledicencias respecto a mi actitud, me voy carretera arriba y no vuelvo hasta que toda la fiesta haya terminado.

SEVE. Y yo le acompaño.

JUAN. Yo no sé qué hacer... Tanto me da una cosa como la otra... No siento agradecimiento hacia esa gente, pero tampoco les tengo mala voluntad. A mí el reloj no me sirve de nada, porque todas las horas y aun todos los días son lo mismo para mí... Pero una fiesta es siempre una fiesta. *(Al Indiano.)* ¿Quiere usted que vayamos al otro café a ver si encontramos quien se decida a hacer partida con nosotros?

INDIA. Andando... ¿Es éste el gasto, Marta? *(Tirando unas monedas sobre la mesa.)*

MARTA. *(Contándolo.)* Esto es.

INDIA. Salud.

MARTA. Salud, todos.

JUAN. *(A Ana, que entra.)* Pasen las buenas mozas. Parece que te has quitado diez años de encima.

ANA. Y me los he quitado. Quien quita penas, quita años.

ESCENA IV

Marta y Ana.

MARTA. Es verdad. Pareces otra.

ANA. Como que lo soy. El bienestar me ha traído alegría; y la alegría, salud, y la salud, juventud... Soy otra... Mira: ahora vengo de girar a Carmela las últimas pesetas que le debía.. Ella no las quería al principio... Pero yo me empeñé en que las tomara. No quiero deber

nada a nadie... Y menos a ella .. No bajo la cabeza delante de nadie, ¿y había de bajarla delante de Carmela? No... Le estoy muy agradecida por lo que me hizo, sobre todo en aquel momento de agobio para mí... Pero cada uno con lo suyo, y, sobre todo, lo de Carmela, para ella...

MARTA. Es verdad.

ANA. Yo creo que ya siempre nos irá todo bien. A mi marido le han dado un cargo fijo en las minas y le han aumentado el jornal... Trabaja mucho y en un trabajo penoso, pero toda su cara es risa... Parece otro, también... Hemos pasado juntos horas tan amargas.

MARTA. Pero siempre habéis estado juntos...

ANA. Siempre, sí... Las buenas horas nos han unido, pero las malas nos unieron más... No sé cómo soy yo... Pero yo me sentí más junto a él que nunca, cuando todo era cuesta arriba en el camino y necesitábamos apoyarnos uno al otro para no caer... ¡Con qué dulce sabor se recuerdan ahora, en estos días felices y claros, aquellos días de dolor, que todo era negro!

MARTA. *(Queriendo salir de la conversación.)* ¿Y los pequeños?

ANA. A la escuela van todos... Quiero que aprendan... Mira lo que les pasa a los que no saben nada... Que tampoco trabajan o que los emplean en trabajo de bestias y ganan jornales miserables... Mira a mi marido si le han valido las cuatro letras que sabía. ¿Y Ramón?

MARTA. Deberá venir ahora... Está contento también...

ANA. No puede quejarse de su suerte.

MARTA. No se queja.

ANA. ¿Cierras ahora la taberna?

MARTA. Sí, lo vendo todo... Tenemos ya bastante con lo que él gana... Además, desalojan esto, porque quieren convertirlo todo en oficinas...

ANA. Podías poner la taberna en otra parte...

MARTA. No quiere él... No quiero tampoco yo. A la taberna vienen hombres de toda clases y siempre hay quien se propasa con las manos y quien habla más de lo debido.

ANA. Quien vuelve a andar por aquí es el señorito Jorge...

MARTA. Le he visto por la plaza... Pero a la taberna no viene.

ANA. A ti te hizo mucho daño...

MARTA. Me hizo daño el decir de las gentes, porque si él intentó propasarse alguna vez, le paré yo los pies inmediatamente... Ya me conoces tú.

ANA. Yo te he defendido siempre... Pero como hubo aquel encuentro con Ramón... Luego, el no vivir Ramón contigo. El marcharse, dejándote sola...

MARTA. Fuí yo que le dejé solo... ¿Cómo habíamos de vivir dos aquí, si uno solo no podía? Le libré de mi peso... ¿Es esto un mal?

ANA. No era un mal para ti que tenías conciencia de lo que hacías... Pero quien juzgaba las cosas por sus apariencias o por lo que de ellas le llegaba a los ojos, sí lo era.

MARTA. Pues yo no me arrepiento de lo hecho...

ANA. El otro día me dijiste que sí que te arrepentías.

MARTA. *(Tirándose a los brazos de Ana y llorando.)* Y me arrepiento, Ana... No soy feliz. No soy feliz, como eres tú... Ramón no es para mí el que era...

ANA. Es que tal vez, tampoco fuiste tú para él lo que él pensaba que serías...

MARTA. ¿De qué puede acusarme? ¿De lo que dice la gente? ¿Ha de creer él más a la gente que a mí?

ANA. Todo pasará... Vivisteis mucho tiempo separados uno de otro... Cierto que no reñidos, pero separados... Y separados, no por su voluntad, sino por la tuya...

MARTA. Separados por la miseria.

ANA. La miseria no me ha separado a mí de mi marido...

ESCENA V

Los mismos y el *Inglés;* después, *Valerio, Quintín* y varios hombres.

INGLES. Buenas tardes, Marta.
MARTA. Buenas tardes.
INGLES. Venía a liquidar con usted todo esto. He hablado con Ramón, pero él me ha dicho que la taberna es cosa de usted y con usted debía entenderme...
MARTA. Sí. Es cosa mía... El no quiere saber nada de ello.
INGLES. Quedamos en quinientos duros... Aquí están... Para pasado mañana debe estar todo esto desocupado... *(Entran varios hombres. Entre ellos, Valerio y Quintín.)*
MARTA. Lo estará. Hoy no lo quito porque habrá esta noche la fiesta del reloj y vendrá gente aquí.
INGLES. Bueno. Debe usted poner unas banderas en la puerta.
MARTA. Las pondré.
ANA. Yo he puesto unas en mi ventana... Hay muchas en el pueblo.
INGLES. Sí hay... Se ve que el pueblo está contento...
ANA. Sí lo está... Hay trabajo, y habiendo trabajo hay alegría...
INGLES. Ha de firmarme usted estos papeles ahora como recibo del dinero que acabo de darle... Léalos usted y firme.
MARTA. ¿Firmar? Yo no sé leer ni firmar.
INGLES. *(A Ana.)* Léalos usted y firme por ella.
ANA. Yo tampoco sé. No me enseñaron...
INGLES. *(Dirigiéndose a uno de los hombres.)* ¿Usted, entonces?
QUIN. Tampoco yo sé.
INGLES. *(A otro.)* Usted.

VALE. Tampoco.
INGLES. *(A otro.)* Usted.
HOMB. Tampoco. Somos muy pocos los que aquí sabemos escribir. Nadie cuidó de enseñarnos.
INGLES. Cuando se tiene interés, aprende uno sin que lo enseñen.
QUIN. Cuando falta pan, sólo se tiene interés en tener pan.
INGLES. Pero el pan se tiene poniéndose en condiciones de ganarlo.
QUIN. Cuando es el pan de hoy, sin saber pensar cómo se ganará el pan de mañana, uno no piensa en las condiciones que deben tenerse, sino en las manos que puedan darle...
INGLES. Pues un hombre, sin saber leer y escribir, no es hoy nada... Encuentra todos los caminos cerrados...
VALE. Ya lo vemos. Pero para nosotros es tarde ya para todo.
INGLES. Para el hombre no es tarde nunca si se empeña en ser lo que debe ser. Suba usted a las oficinas, Marta, y firmarán Dolly y Mary estos papeles...
VALE. Nosotros queríamos hablarle un momento, señor.
INGLES. ¿Aquí?
VALE Arriba no nos dejan ya entrar...
INGLES. Suba usted, Marta, y espéreme... Voy en seguida...
ANA. Yo te acompaño. *(Se van Marta y Ana.)*

ESCENA VI

Los mismos, menos *Marta* y *Ana.*

INGLES. ¿Qué quieren?
VALE. Trabajo. Queremos trabajo.
INGLES. ¿Trabajo de qué?
VALE. De lo que sea...
INGLES. De lo que sea, no es nada... Hay que estar

preparado para trabajar en alguna cosa determinada.

VALE. Trabajo en las minas, en el canal...

INGLES. ¿No han trabajado ustedes nunca en estas obras?

QUIN. Yo trabajé unos días en la mina, pero me despidieron porque no servía para manejar las herramientas que allí se utilizan...

VALE. Yo estaba con la brigada que abría el cauce del canal, pero salí con todos los que estaban conmigo, cuando llegaron las máquinas que hacen lo que nosotros hacíamos.

INGLES. ¿Han ido ustedes a la oficina?

VALE. Nos hemos cansado de ir. Ya no quieren oírnos. Dicen que no hay trabajo para nosotros.

INGLES. Entonces es que no debe haber...

VALE. Sí que hay, porque nosotros sabemos que se han mandado a buscar hombres fuera de aquí.

INGLES. Es verdad. Pero es que los de aquí no sirven para las labores que ahora se hacen... No basta tener buena voluntad y buenos brazos: es necesario, además, tener preparación. Y ustedes no la tienen.

VALE. ¿Y qué culpa tenemos nosotros de ello?

INGLES. Yo no les digo que tengan culpa. Lo que les digo es que no tienen condiciones. Y no teniendo condiciones no puede empleárseles...

VALE. ¿Y hemos de emigrar habiendo las riquezas que ahora hay aquí? ¿Hemos de seguir siendo pobres como cuando era esto pobre? ¿Hemos de ser siempre lo mismo los hombres, cambiando como cambia la tierra?

INGLES. La riqueza de la tierra no depende de que la tuviera, sino de haberla cultivado buscando en las entrañas de ella. Por esto ha cambiado. Para que cambien ustedes es necesario que se cultiven también, como se ha cultivado la tierra...

VALE. ¿Quién nos cultivará a nosotros?

INGLES. Pídanlo, griten hasta que les oigan. Sublévense si no les quieren oír, a ver, si sublevados,

les hacen caso... Yo, cuando sirvan, los colocaré... Hoy, no.

QUIN. Para transportar carretillas de tierra...

INGLES. Tenemos vagonetas que las transportan y hacen con diez hombres, en una hora, el trabajo que antes hacían cien hombres en un día.

VALE. Para cualquier cosa...

INGLES. Cualquier cosa no sé lo que es... Cada cosa es una labor determinada, y cada labor requiere una capacidad...

QUIN. ¿Y hemos de resignarnos a morir de miseria?

VALE. ¿Y hemos de seguir siendo extranjeros de todos los países, incluso del nuestro?

INGLES. Yo no sé qué decirles...

VALE. Pues yo sí sé qué decirle. Sé decirle que nosotros no nos iremos del pueblo. Que queremos comer aquí, y que si alguien más de fuera pone los pies en el pueblo para ocupar nuestros puestos, no sé qué resolución tomaremos, pero la que sea será de violencia...

INGLES. ¿Amenazas?

VALE. No amenazamos... Suplicamos, nos arrastramos, mendigamos trabajo para tener pan... Nadie nos hace caso... ¿Que somos inútiles? Que nos hubieran hecho útiles. ¿Que no tenemos preparación? Que nos hubieran preparado. Lo que le digo, lo que le decimos, es que queremos trabajar.

ESCENA VII

Los mismos, Ramón y Antonio.

RAMON. ¿Qué son estos gritos?

INGLES. Piden trabajo.

RAMON. ¿Trabajo de qué?

VALE. Pedimos trabajo. Trabajo de lo que sea, como sea, por duro que sea... Trabajo que nos dé pan. Pedimos trabajo y lo decimos en voz alta otra vez: si no hay trabajo para nosotros, no habrá trabajo para nadie...

RAMON. ¿Y si no hay trabajo para vosotros, qué trabajo os van a dar?

VALE. Trabajo... Trabajo... Que sé yo. Trabajo. Tú ya estás bien... Ya comes... Has mejorado. Te hartas todos los días... Como ése... *(Por Antonio.)*

RAMON. Yo tenía un oficio, y el oficio me ha valido...

ANTO. Yo me he esforzado por adquirirlo y he estudiado para saber.

VALE. No sé si es el saber o la suerte lo que os ha abierto camino... Tal vez sí; tal vez ha sido el saber quien os ha dado la suerte... Quedaos con ella, que no os la disputaremos. Pero queremos también un camino abierto en la vida o si no, cerramos el camino de todos... Aunque el cerrarlo represente morir.

QUIN. Que más vale morir que vivir así.

VALE. Más vale ser tierra de la carretera, y que la pisen todos, que ser hombres y verte pisado.

INGLES. Vayan a las oficinas mañana... Yo veré si hay trabajo. *(Muchos le besan las manos.)*

VARIOS. Gracias, gracias, señor. Bendito sea su nombre... *(El Inglés se va.)*

VALE. No es misericordia, es miedo...

QUIN. Miedo o misericordia, es trabajo.

RAMON. ¿No vais a la plaza, que pronto empezará la fiesta del reloj?

VALE. Vamos.

ANTO. Yo voy también.

QUIN. A mí no me hace falta saber la hora que es. Mi reloj es mi corazón. *(Sale.)*

ANTO. Yo lo necesito y lo quiero. El reloj es el tiempo, y mi deseo es llenar el tiempo de obras.

MARTA. *(Entrando.)* ¿Estás aquí? ¿Quieres ayudarme a arreglar esto?

RAMON. Sí.

ANTO. Yo volveré a la hora de la fiesta. O después. Adiós. *(Vanse con Antonio los demás hombres)*

RAMON. }
MARTA. } Adiós.

ESCENA VIII

Marta y Ramón.

MARTA. Mira. He cobrado ya los quinientos duros. ¿Verdad que hace bonito tanto dinero? *(Extendiéndolo sobre la mesa.)*

RAMON. Sí.

MARTA. ¿Qué quieres que hagamos con él? Tenemos nuestra casa arreglada. ¿Quieres que los guardemos en el Banco que han puesto aquí?

RAMON. Haz lo que quieras con ellos. Son tuyos.

MARTA. Son tuyos y míos.

RAMON. Míos, no. Porque no los he ganado yo. Son todos para ti.

MARTA. Los he ganado yo para los dos... No eres bueno conmigo. Parece que te denigra y humilla la época que pasé aquí, en este rincón, ganándome el pan que no podías tú ganar para los dos...

RAMON. No, Marta. Si me denigrara o me humillase aquella época, soy aún lo bastante hombre para saber que mi resolución en dicho caso era no volver contigo. He vuelto y estoy a tu lado sin sentirme avergonzado. No, Marta. Creo que me fuiste fiel; que tu cuerpo no fué para nadie, ni siquiera para aquel imbécil de Jorge, que no puso los pies aquí y que ha acabado viviendo con Carmela, y de lo que Carmela le da... Si hubiera tenido, no ya la convicción, sino tan sólo la duda de una falta tuya, no sé lo que hubiera hecho. Es preferible que no hablemos de ello.

MARTA. Quiero yo hablar si tú no quieres... Porque me duele el reproche continuo y la cara seria y la frialdad para todas mis cosas... Me quedé en la taberna porque la taberna me daba

pan. Conservé desde este puesto mi dignidad de mujer que pertenece a otro hombre, y mi mérito es doble, porque el asedio y la tentación fueron constantes.

RAMON. Vuelvo a decirte que a ti, como mujer, no puedo echarte nada en cara... Pero tú no eres sólo mi hembra: eres mi compañera en la vida... Y yo te necesitaba más como compañera que como mujer.

MARTA. Tu querer entonces era egoísmo en ti, y no querías que fuera egoismo en mí...

RAMON. No te entiendo...

MARTA. Pues está claro. Querías que te acompañara para estar contigo, aun sufriendo, sin permitirme que por no estar contigo sufriera menos... ¿Qué podía ser yo a tu lado sino un peso, y por qué había de ser peso para ti y andan al azar, si aquí quieta y sola, comía?...

RAMON. No. Habías dejado de ser mi compañera mucho antes... Viviendo conmigo, estabas ya separada de mí... ¿Cuántas veces, en los días largos sin pan, no me habías dicho que de aquella manera no querías vivir más? Una noche me dijiste que aún eras demasiado joven y demasiado guapa para sufrir tanto. Aquella noche no sentí la intención de agarrotarte el cuello, porque lo que me dijiste, en vez de lanzarme hacia ti, me separó... Un día y otro día, cuando yo sentía las angustias de la falta de trabajo y sufría más por ti que por mí, me hablabas de Carmela, diciéndome, repitiéndome, sin ver el daño que me hacían tus palabras: "Esta es la que ha entendido la vida." No sabes lo que aquel pensamiento aferrado en ti, te alejó de mi pensamiento...

MARTA. ¿Qué podías hacer entonces? Si lloraba acercándome a ti, me repudiabas; si te comunicaba el deseo de libertarme de mi dolor, querías lanzarte sobre mí... Tal vez yo dejé de ser tu compañera. ¿Es que no te acuerdas cuando yo te preguntaba y callabas; cuando

pasabas el día sin decirme una palabra; cuando entrabas en el camastro, al venir la noche, sin mirar siquiera si dormía, o si, con los ojos abiertos y llenos de lágrimas, moría de pena y de rabia? Tú veías cómo yo me iba alejando de ti, pero yo veía también cómo tú cada vez estabas más lejos de mí...

RAMON. La miseria nos separó. Nos ha destrozado tanto, que no podremos ya rehacer el hogar deshecho.

MARTA. No, Ramón, no nos separó. La vida se empieza muchas veces, y en este nuevo empezar de nuestra vida hay aún espíritu.

RAMON. ¿En ti?

MARTA. En ti y en mí. Era nuestro espíritu el que nos unía, y el dolor lo ha herido, lo ha pervertido, pero no lo ha matado. Yo siento aún su aliento dentro de mí. Me parece que empiezo a vivir y me da fuerzas el afán que siento de que vuelvas a ser mío, todo mío, como eras... El dolor y el remordimiento, si no se deja uno abatir por ellos, uno llega a ser más fuerte que ellos.

RAMON. Qué firme y qué unida hubiera sido nuestra vida, Marta, si este hogar que hoy formamos ya vencidos, hubiera podido ser el hogar de siempre. No pudimos, porque tal vez llegamos ya vencidos a la vida, hacer del dolor un lazo más fuerte que del amor. Cuando, como ahora, se tiende un rayo de sol sobre nuestra vida, vemos toda la sombra trágica que nuestra vida es...

MARTA. Pero todavía hay sol en ella.

RAMON. Sol, sol de puesta, cuando el sol muere.

MARTA. No. Sol de alba, cuando el sol nace. Porque aunque no haya nada íntimo entre nosotros nos salvará y nos unirá este hijo que llevo en mis entrañas. En él volveremos a vivir. En él resucitaremos...

RAMON. *(Con dulzura.)* Si. Sí. Es verdad. Hemos de hacer todos los sacrificios por él. Por que r

viva como nosotros hemos vivido. Hemos de ser fuertes pensando en él y luchar para que no tenga que andar él por los caminos de espinas que hemos seguido nosotros.

MARTA. Que no pase hambre, que no se encuentre dentro de una tierra yerma... Que el dolor no le seque el corazón, y si es hombre, que no le aparte de la mujer que escogió.

RAMON. Que no tenga que ser lobo nuestro, como nosotros fuimos lobos de aquel viejo que desapareció una noche y no hemos sabido nada de él...

MARTA. Que no haya de ser su cuerpo lobo de su alma.

ESCENA IX

Dichos y *Don Manuel.*

MANU. ¿No salen a la plaza?

RAMON. Oímos y vemos bien desde aquí...

MANU. *(A Ramón.)* ¿Le han subido a usted el sueldo?

RAMON. Sí. El sueldo y el cargo...

MANU. Cobra usted ya más que yo. Ahora que trabaja usted más, porque yo apenas trabajo.

MARTA. ¿No van chicos a la escuela?

MANU. Van algunos, generalmente los de las casas que sus padres han sido colocados. Pero como queda aún tanto hombre sin trabajo, los hijos de esos hombres no vienen, sin darse cuenta que ellos no trabajan ahora debido en gran parte a no haber pasado por la escuela, y que sus hijos, por no haber pasado por la escuela, se encontrarán también sin trabajo como sus padres...

MARTA. ¡Qué dolor! El dolor de los que no trabajan porque no saben trabajar; el dolor de los que no trabajan porque no pueden trabajar; el dolor de los que trabajando, con lo que ganan no pueden comer. Qué distinto sería to-

do, y qué distintos seríamos todos, si este dolor no deshiciera tantas almas... *(Oyense en la plaza las siete campanadas de un reloj. Hácese silencio profundo. Una voz, fuera, pronunciará estas palabras, en tono de discurso. Don Manuel se asoma a la puerta, y sale.)*

VOZ. El tiempo es oro. Tiempo que se pierda no se gana ya nunca más. Quien deja pasar el tiempo, sin hacer de niño lo que es de niño, cuando es hombre no es el hombre que sería, si el tiempo no hubiera pasado en vano para él... El hombre ha de ser dueño del tiempo, no el tiempo del hombre... Cada hora de la vida trae su afán: una, el afán de aprender; otra, el afán de crear; otra, el afán de amar. Nadie debe ser indiferente a la hora que pasa, porque ella se lo lleva todo si no se le da a ella todo lo que ella pide...

MARTA. *(A Ramón, que se ha ido acercando a la puerta.)* Cierra la puerta. Me dan miedo estas palabras... Parece que van contra nosotros.

RAMON. A mí me dan frío... Tal vez es el frío de las horas muertas dentro de mí, que resucitan para pedirme cuentas de su vida estéril... *(Golpean violentamente a la puerta. Ramón se apresura a abrir. Una avalancha invade la taberna.)*

ANA. Han vuelto a romper el reloj de una pedrada.

MARTA. ¿Quién ha sido?

QUIN. Ha sido un loco.

INDIA. Ha sido un malvado.

JUAN. Ha de haber sido, por fuerza, un enemigo de este pueblo. *(Entra un hombre atropellado, herido, pálido, vestido con jirones de ropa.)*

HOM. He sido yo. Un hombre que no trabaja; que ya no sabe a qué puerta llamar, ni adónde ir. Yo, que he visto morir a un hijo por no tener pan, y otro hijo, llegarme a la cara y pegarme por no darle pan; que con los brazos fuertes no he podido sostener mi casa, que se ha de-

rrumbado, marchando la mujer a quien quise, por un lado, y los hijos que hice, por otro... He sido yo... Y oídlo bien y pensadlo todos. El reloj no volverá a marcar los minutos y los segundos; no volverá a marchar en paz hasta que los minutos y los segundos no sean también para mí, y yo no marche en paz también por los caminos de la vida... *(La figura del Hombre destaca, con líneas magníficas, llenando el marco de la puerta. Dentro y fuera, el silencio es absoluto.)*

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde,* por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!,* por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco,* por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan,* por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra,* por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara,* por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas,* por Marcelino Domingo.
15 *El ardid,* por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón,* por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella,* por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje,* por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua,* por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir,* por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly,* por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas,* por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan,* por Carlos Arniches.
24 *La otra honra,* por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas,* por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid,* por L. Fernández Ardavin.
27 *Para hacerse amar locamente,* por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes,* por Pedro Muñoz Seca.
29 *La risa,* por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio,* por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana,* por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida,* por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina,* por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa,* por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura,* por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini,* por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres,* por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia,* por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día,* por Marcelino Domingo.

LEA USTED

EL TEATRO

MODERNO

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS



Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.